

CAPÍTULO IV

RELACIÓN EN CRISIS

No he sido un centinela descuidado, sino el más vigilante de la evolución y designios de este absolutismo y desde hace tiempo habría roto toda relación con aquel elemento del gobierno que intenta implantarse por la usurpación si no hubiera visto signos promisorios en el horizonte político de que esto se aproxima a su fin en México.

James Gadsden al Departamento de Estado¹

La cancillería y la legación: una guerra no declarada

La disputa entre Gadsden y el gobierno santannista no parecía tener término. A mediados de diciembre de 1854, aquél envió un extenso despacho a su gobierno denunciando la farsa electoral que había tenido lugar en México, donde sólo los oficiales y los militares habían votado, y ello bajo estricto control.² De la misma manera que Buchanan, Soulé y Mason habían señalado en el manifiesto de Ostende la ausencia absoluta de un sentimiento democrático en el viejo continente, Gadsden advirtió que Santa Anna estaba a punto de extinguir la última “chispa del fuego de la libertad que había ardido durante treinta años de revolución”,³ añadiendo que la cancillería, “en un lenguaje impertinente”, había reiniciado sus quejas por la absolución de Walker y protestado por el continuo movimiento de filibusteros al otro lado del Río Bravo. Estas quejas no eran, afirmó, sino contrapesos que oponía Díez de Bonilla a las justas reclamaciones norteamericanas por las “irregularidades escandalosas y ofensivas en esa frontera” que recibirían una respuesta apropiada por parte de la legación.⁴

En una memoranda privada, el plenipotenciario comunicó a su gobierno que Manuel Escandón había sido enviado a Estados Unidos

¹ Gadsden a Marcy. México, 4 de junio de 1855, en NAW, *Despatches...*, rollo 20, v. 19.

² Gadsden a Marcy. México, 16 de diciembre de 1854, *ibid.*, rollo 19, v. 18.

³ *Ibid.*

⁴ *Ibid.*

para obtener un anticipo de los tres millones de pesos restantes de la indemnización, cuyo pago, de acuerdo con el tratado, debía realizarse al finalizar el trazo de la frontera convenida, cosa que aún no sucedía.⁵ Señaló que los siete millones pagados previamente se habían agotado en sostener a los agiotistas y conservar la lealtad de las fuerzas armadas, y también que Escandón controlaba la mitad de aquellos tres millones que aún restaban, pues había adelantado al gobierno \$ 1 500 000 con una ganancia de \$ 300 000. Agregó que no había duda de que aquél y otros dos banqueros habían sacado gran provecho de los siete millones.

Esta información coincidía en algunos puntos con la del ministro francés, Alexis de Gabriac, quien escribió que, de acuerdo con los rumores que corrían en los altos círculos políticos, Santa Anna había adjudicado los tres millones restantes a su amigo Escandón. Éste tenía que dar a cambio \$ 500 000 en plata, \$ 1 000 000 en valores y \$ 1 500 000 en bonos de la deuda interior a la par “icomprados por él en plaza con 94% de pérdidas!”⁶

Escandón no actuaba solo. Operaba con su socio comercial Peter Hargous, con quien tenía diversos negocios. En las transacciones del pago de la indemnización estaba también inmiscuida la casa Howland & Aspinwall. El gobierno de México expidió libranzas contra el tesoro de los Estados Unidos a favor Escandón y Howland & Aspinwall entre el 19 de diciembre de 1854 y el 9 de julio de 1855. Ambos le sirvieron de conducto para cobrar la indemnización a la vez que recibieron un porcentaje (entre 10 y 15%) por concepto de corretaje; empero, de ser ciertas las aseveraciones de Gabriac, las libranzas debieron haber estado endosadas a Escandón.

El enviado norteamericano aseguró a su gobierno que él no se bajaría a relatar estos detalles si los grupos que estaban especulando con los recursos de la indemnización no fueran antagónicos a los intereses de Estados Unidos y al avance de su influencia en México. Advirtió que el prestamista estaba bajo el dominio británico y su único afán era el pillaje,⁷ y ciertamente no se equivocaba al señalar los nexos entre Escandón y los ingleses pues, en efecto, aquél estuvo durante muchos años vinculado estrechamente con ellos.⁸

⁵ Gadsden a Marcy. México, 16 de diciembre de 1854, *ibid.*, memoranda privada anexa al despacho de la misma fecha.

⁶ Gabriac a su gobierno. México, 31 de diciembre de 1854, en Díaz, *Versión francesa...*, v. I, p. 159.

⁷ Gadsden a Marcy. México, 16 de diciembre de 1854, en NAW, *Despatches...*, memoranda privada, anexa al despacho de la misma fecha.

⁸ En los años treinta, se asoció con Manning y Marshall, Mackintosh, John Buchan, Robert Auld, Rule y otros ciudadanos británicos en empresas mineras en Zacatecas, Guanajuato y Chihuahua, y fue también socio de Barron —el cónsul inglés en San Blas y

El diplomático intentó convencer a Marcy de que si el Departamento de Estado anticipaba el pago de los tres millones a Santa Anna se comprometería al gobierno norteamericano a apoyar al régimen “absolutista”, hiriendo con ello la susceptibilidad de los liberales. Éstos —según el plenipotenciario— estaban persuadidos de que las simpatías de la administración de Pierce estaban de su lado y esperaban reclamar aquella suma cuando se establecieran en el poder, pues consideraban que pertenecía a la república. En tal caso —dijo— los liberales podrían hacer una grave reclamación por el dinero que Marcy “no tenía derecho a pagar por adelantado”. Gadsden juzgaba que ese dinero era la única palanca que tenía en sus manos para proteger los intereses norteamericanos; si se le daba a los santannistas se enojarían los liberales, quienes veían a los Estados Unidos como su mejor y más confiable amigo y cuya mayoría estaba “dispuesta a la anexión”.⁹ El entusiasmo con el que Gadsden se expresaba de los liberales no habría de durar demasiado. Tras asumir el poder, los graves problemas surgidos con el diplomático los obligaron a pedir su relevo.

Empero, el comisionado estaba determinado a convencer a su gobierno de que no entregara aquellos recursos a Santa Anna, por lo que afirmó categórico: “Si el partido liberal logra el triunfo en la Revolución que avanza puede estar seguro de que el interés y la influencia americana en este país será predominante.”¹⁰ Instó a Marcy a no dar

suegro de Antonio Escandón, su hermano menor—, con quien controlaba el contrabando de la región. Urías, *op. cit.*, p. 56, 45. Asimismo, durante la guerra mexicana norteamericana, don Manuel se vio involucrado en un escándalo por su participación en los arreglos de la deuda pública que promovió en Londres con Murphy, Schneider y Mackintosh y por las gestiones que emprendió junto con el último para que la indemnización norteamericana se destinara al pago de la deuda inglesa, con resultados gravosos para México y los acreedores de la deuda británica y beneficios para él mismo. Mariano Otero, ministro de Relaciones Exteriores e Interiores, a José María Luis Mora, ministro del gobierno de México en Londres. México, 12 de agosto de 1848 y 14 de octubre de 1848, en Genaro García (comp.), *Papeles inéditos y obras selectas del doctor Mora. Cartas íntimas que durante los años de 1836 hasta 1850 le dirigieron los señores Arango y Escandón, Couto, Gómez Fariás, Gutiérrez de Estrada...*, México, Librería de la vda. de Ch. Bouret, 1906, p. 101-104, 117-121. Margarita Urías alude a estos documentos y afirma que “Escandón y Mackintosh planeaban quedarse con la indemnización norteamericana lograda en el tratado de La Mesilla”, lo que desde luego constituye un error, pues se trata del Tratado de Guadalupe Hidalgo, según puede inferirse tanto de las fechas de las cartas como de su contenido. Urías, *op. cit.*, p. 45.

⁹ El propio Almonte advirtió la inconveniencia de solicitar el pago adelantado de los tres millones restantes de la indemnización pues había un sector del gobierno norteamericano que se oponía a ello. El enviado recomendó esperar al término de los trabajos de demarcación para recibir el pago y no exponerlo a quienes pretendían cobrar algo de esa suma. Almonte a Díez de Bonilla. Washington, 21 y 30 de diciembre de 1854, en AHSREM, *AEMEUA* (correspondencia encuadernada), t. 12, despachos reservados n. 71 y 73. Gadsden a Marcy. México, 16 de diciembre de 1854, en NAW, *Despatches...*, memoranda privada, anexa al despacho de la misma fecha.

¹⁰ *Ibid.*

esperanzas al gobierno santannista de poder recibir más de lo que pudiera obtener del propio Gadsden pues, de otra manera, debilitaría la influencia norteamericana entre los liberales cuando llegaran al poder.¹¹

El ministro, en una palabra, estaba determinado a tomar en sus manos la política norteamericana hacia México; identificaba a Santa Anna y a los agiotistas con los intereses británicos y a los revolucionarios con los estadounidenses. Además, proyectaba en el escenario mexicano su propia percepción del conflicto político de los Estados Unidos, es decir, la disputa entre el poder federal y la autonomía de los estados, asunto al que por su propia experiencia, ideas políticas e intereses privados era particularmente sensible. Hacia fines de 1854 había definido inequívocamente su postura ante el régimen de Santa Anna, al que deseaba hundir negándole la posibilidad de obtener el adelanto de los tres millones, y había puesto en claro su apoyo a la revolución, de cuyos avances no dejaba de informar a su gobierno.¹² Para ese momento, era patente que los agiotistas rondaban de nueva cuenta y, aun cuando en esta ocasión no existía ningún tratado de amistad y límites de por medio, el pago del resto de la indemnización, el estallido de la Revolución de Ayutla y el surgimiento de otros focos de insurrección en distintas latitudes del país planteaban un difícil panorama.

Apenas tres días después de que Gadsden escribiera su despacho, el secretario de Estado le dirigió una nota que habría de echar abajo las pretensiones del ministro. Marcy, con sutil malevolencia, le habló de la entrevista con Almonte en la cual el ministro mexicano le había mostrado aquella carta donde el canciller Díez de Bonilla hacía graves acusaciones en su contra; incluso le remitió una copia de ella.¹³ Señaló que algunas de las quejas eran suficientemente conocidas como para considerarlas carentes de todo fundamento, y presumía que “tal era el carácter de todas las demás”; pero agregó que, ya que Gadsden tenía un conocimiento más profundo de las transacciones a que aludía el despacho de Díez de Bonilla, él mismo podría proporcionar los datos necesarios para que el Departamento de Estado preparara una respuesta.¹⁴

¹¹ *Ibid.*

¹² Justamente por esos días Gadsden comunicó a su gobierno que los asuntos políticos del país aún estaban sin resolverse, pero que la revolución ganaba terreno mientras en palacio nacional reinaba gran inquietud. Informó de las acciones revolucionarias en Michoacán. Gadsden a Marcy. México, 18 de diciembre de 1854, *ibid.*

¹³ Marcy le hizo ver que la nota del canciller estaba marcada como confidencial pero consideró evidente que tanto Almonte como Díez de Bonilla debían haber esperado que él se la mostrara a Gadsden. Marcy a Gadsden. Washington, 19 de diciembre de 1854, en NAW, *Diplomatic Instructions...*, rollo 113, v. 17.

¹⁴ En el colmo del sarcasmo, Marcy añadió que le habían sorprendido los relatos de la cancillería pues tenía buenas razones para creer que Gadsden había sido afable con el gobierno de México y era aceptado por éste. *Ibid.*

Curiosamente, por esas mismas fechas el “informante misterioso”¹⁵ de Almonte le reveló que la nota en que Díez de Bonilla insinuaba la sustitución de Gadsden le iba a ser remitida al propio ministro con el fin de hacerle ver las razones de su próximo relevo.¹⁶ Empero, finalmente, Washington no ordenó el regreso de su ministro. Por el contrario, en su mensaje anual el presidente Pierce afirmó que aun cuando muchas de las dificultades con México habían sido resueltas mediante el tratado recién convenido, muchas otras habían quedado sin ajustar. Afirmó —en lo que parecía un espaldarazo al diplomático en cuestión— que la legación en México se había empeñado en obtener una solución favorable a las reclamaciones pendientes, si bien no lo había conseguido probablemente por “la turbada situación” del país.¹⁷ La comunicación del Ejecutivo norteamericano inquietó incluso al representante francés en México, quien temía que cualquier roce entre los dos países, “emponzoñado e inflado por el genio del general Gadsden”, provocara un grave problema en cualquier momento.¹⁸

Es factible pensar que Marcy se propusiera, en efecto, lograr el relevo de Gadsden, y que sus planes se hubiesen visto obstaculizados por la determinación del presidente de mantenerlo en México. Empero, el juego del secretario de Estado —como tantos juegos políticos— tenía mucho de doble y de perverso pues, por una parte, permitía que se filtraran a la legación mexicana datos sobre los pasos que seguía y, por la otra, maniobraba con el mismo Gadsden al mostrarle la nota del canciller. Es posible que en el fondo de todo estuviera, nuevamente,¹⁹ el deseo de Marcy de forzarlo a renunciar, ya que como Buchanan, Mason y Soulé formaba parte de un conjunto de ministros designados contra su voluntad en el servicio diplomático; grupo que no dejó de provocarle dolores de cabeza con sus actitudes y desplantes. Cabe también pensar que tras bambalinas rondaran de nuevo los empresarios, norteamericanos y mexicanos, que otra vez encontraron en Gadsden un obstáculo para sus jugosas transacciones.

¹⁵ Recuérdese la anterior intervención de ese oscuro informante. *Cfr. vid.* capítulo anterior (cerca de la nota 176).

¹⁶ Almonte advirtió a la cancillería que el plenipotenciario estadounidense podría reaccionar violentamente al conocer los términos de la nota de Díez de Bonilla, razón por la cual convendría pedir su reemplazo oficialmente. Almonte a Díez de Bonilla. Washington, 22 de diciembre de 1854, en AHSREM, *AEMEUA* (correspondencia encuadernada), t. 12, despacho reservado n. 72.

¹⁷ *El Herald* reprodujo la parte del mensaje de Pierce referente a México. Gadsden a Marcy. México, 27 de diciembre de 1854, en NAW, *Despatches...*, rollo 20, v. 19.

¹⁸ Gabriac a su gobierno. México, 31 de diciembre de 1854, en Lilia Díaz, *Versión francesa de México...*, v. 1, p. 158.

¹⁹ Una ocasión anterior fue aquella en la que Marcy rebatió al ministro sus puntos de vista sobre el tratado reformado por los senadores. *Vid. supra*, “Hacia la caída de la dictadura santannista”.

La situación mexicana, entretanto, era bastante apurada. Al comenzar el invierno Gabriac escribió que, según la opinión generalizada, si el general José María Yáñez —el héroe de Sonora que había derrotado a Raousset— se levantase en favor de la revolución, Santa Anna estaría perdido. Anotó también que el dictador había comenzado a tomar medidas que indicaban la poca confianza que tenía en su futuro, como el envío de \$ 500 000 a Inglaterra,²⁰ y el haber llamado de Yucatán al general Rómulo Díaz de la Vega con el propósito —según se decía— de unirlos a los ministros de Relaciones Exteriores y Justicia para formar un triunvirato que se encargara del poder durante su posible ausencia “cualquiera de estos días,” lo que era, desde luego, un mal indicio. El diplomático advirtió con preocupación la manera en que la grave situación interna se complicaba con la exterior. Relató que, según la versión de Díez de Bonilla, Santa Anna había rechazado categóricamente las propuestas del representante norteamericano de formar una coalición ofensiva-defensiva contra Inglaterra y Francia, pero agregó:

Pese a toda la vanidad, todo el amor propio y toda la soberbia en que está envuelto S. A. S., nadie duda que si le hacen una proposición acompañada de un bono por algunos millones de dólares sobre el banco de Estados Unidos, para que les ceda territorio, caerá en la tentación. Es imposible que puedan imaginarse en Europa el grado de corrupción que impera aquí cuando se trata de repartir los dineros públicos. No sólo no queda ya ni un centavo de los cuatro millones de pesos pagados hace poco por la venta de la Mesilla, sino que ha sido necesario descontar antes del vencimiento de los tres millones que todavía se deben.²¹

La nota de Gadsden al gobierno mexicano que aquél circuló entre los ministros de Gran Bretaña, Francia y España provocó también a Gabriac enorme alarma. En ella se decía que Pierre Soulé había sido encargado de negociar en Madrid la cesión Cuba y que en caso de una negativa Estados Unidos estaba resuelto a tomarla por la fuerza. El ministro francés vio en el escrito un testimonio de las intenciones norteamericanas no sólo respecto de aquella isla sino también sobre Méxi-

²⁰ Años después Santa Anna trató de desmentir esta y otras acusaciones semejantes. En 1867, en una carta dirigida desde Cuba al coronel Manuel M. Jiménez, dijo que debido a su precipitada salida hacia el destierro “no le fue posible traer los fondos suficientes para cubrir sus gastos más preciosos para sostener con decoro... [su] posición social y que a no ser por las pequeñas sumas que un buen amigo le libró, no sé cómo habría cubierto las exigencias que la sociedad en que vivo demandan”. Santa Anna a Manuel M. Jiménez. La Habana, Cuba, 11 de diciembre de 1867, en Antonio López de Santa Anna Collection, UT at Austin.

²¹ El representante francés señalaba equivocadamente la cifra de cuatro millones. Debía decir siete. Gabriac a su gobierno. México, 31 de diciembre de 1854, en Díaz, *op. cit.*, v. I, 159.

co, y consideró que si este país llegaba a caer en sus manos iba a ser difícil frenar su avance en el hemisferio americano.²²

Dado que el original de la nota de Gadsden no aparece en su correspondencia,²³ es difícil juzgar los términos en que fue escrita. Empero, llama la atención que en fecha tan tardía —31 de diciembre— se comentara el manifiesto de Ostende, emitido el 9 de octubre,²⁴ y que fuese también por esos días que el gobierno de Santa Anna escribiera sobre el asunto.²⁵ Por otra parte, independientemente de los propósitos de la nota de Gadsden, que las autoridades mexicanas la hubieran hecho circular entre los ministros europeos tenía el claro objetivo de que sus gobiernos se movilizaran para contrarrestar los planes estadounidenses, en los que percibían un claro peligro para México.²⁶ El propio Santa Anna, quien solía acudir al plenipotenciario británico por cuyas manos pasaba toda la correspondencia de la cancillería con la legación norteamericana, no dudó en remitirle esta nota singular.²⁷

No podía dejar de hacerlo si se considera que las circunstancias domésticas se agravaban día con día. Aunque según el gobierno el movimiento estaba prácticamente derrotado,²⁸ las noticias del interior eran menos optimistas. El desaliento había cundido entre las tropas gubernamentales no sólo porque sus sueldos comenzaron a retrasarse y aun a suspenderse,²⁹ sino por la ingratitud del gobierno central hacia algunos de sus propios hombres o el abandono en que muchas veces se dejaba a las fuerzas sitiadas. A ello se sumaban las enfermedades ocasionadas por los climas malsanos y los escasos recursos con los que las fuerzas gubernamentales eran enviadas a campaña. En no pocas ocasiones, unidades completas defecionaron para sumarse al movimiento rebelde.³⁰

²² *Ibid.*, v. I, p. 159-160.

²³ En efecto, la nota a la que alude Gabriac no se encuentra en los despachos de Gadsden. Empero, el ministro francés refiere que su homólogo británico le envió el original, cuyo texto reprodujo para remitirlo a su gobierno.

²⁴ De hecho, el 31 de diciembre, fecha en que Gabriac escribió a su gobierno, Pierre Soulé ya había renunciado a su cargo en la legación de Madrid.

²⁵ Lo hizo a través de la reseña de Díez de Bonilla que la Secretaría de Relaciones Exteriores solía emitir: México, 1 de enero de 1855, en AHSREM, expediente 6-19-7, III.

²⁶ La idea está claramente expuesta en la reseña antes citada.

²⁷ Garber, *op. cit.*, p. 153.

²⁸ El gobierno afirmó que la derrota infligida a los rebeldes de Morelia les obligó a dispersarse; añadió que una partida del ejército había atacado a Álvarez en la hacienda de La Brea, haciéndolo huir “como es su costumbre”. Reseña política, México, 1 de enero de 1855, en AHSREM, exp. 6-19-7, f. 43.

²⁹ En enero de 1855 el general Corona escribió a sus superiores que los sueldos de la guarnición de Veracruz de noviembre y diciembre anteriores no se habían recibido. Existen numerosos ejemplos que abundan sobre esta situación a lo largo de 1855. Johnson, *op. cit.*, p. 90.

³⁰ Zamacois, *op. cit.*, v. XIV, p. 13-14, 18-19, 31-32.

En los albores de 1855 las perspectivas del régimen eran sombrías. Zuloaga se había rendido tras 36 días de sitio en la hacienda de Mizco, Guerrero; sus hombres, encabezados por Rosendo Moreno, habían desertado para unirse al movimiento de Ayutla. Por otra parte, el avance del movimiento rebelde en Tehuantepec, en los departamentos de Querétaro y México y en el distrito de Morelos, así como la derrota de las huestes santannistas en Huetamo, Michoacán,³¹ o la inquietud que provocó Santos Degollado en Guadalajara, que hizo que el hijo de Santa Anna fuese enviado a prestar apoyo al gobernador de Jalisco, eran tan sólo algunas pinceladas del paisaje.³² Ello explica, pero no justifica, las severísimas medidas gubernamentales contra los simpatizantes de la revolución.³³

Gadsden, expansionista contumaz

El ministro estadounidense, ignorando aún las quejas del gobierno mexicano en contra suya,³⁴ pero muy al tanto del curso que tomaba la revolución y sabedor de que la ocasión era propicia, volvió a las viejas andadas e introdujo de nueva cuenta el tema de la expansión territorial. En un extenso despacho de principios de enero, comenzó por señalar la reiterada costumbre de la cancillería mexicana de responder con una querrela a las demandas norteamericanas, sin importar la justicia que asistiera a éstas últimas.³⁵ Las reclamaciones le parecían un asunto de gran importancia en la relación entre los dos países; el problema radicaba en que el tratado aprobado por los senadores norteamericanos era —según él— un arreglo “imperfecto” y problemático que dificultaba y aun impedía a la legación el cumplimiento de sus tareas. Sin embargo, señalaba, no debía pensarse que sus críticas constituían una falta de respeto, ni menos todavía que hubiesen “dañado el

³¹ La victoria de las fuerzas santannistas sobre Pueblita y Tejada quedó contrarrestada con esta acción de los rebeldes.

³² Johnson, *op. cit.*, p. 56.

³³ “Los pueblos rebeldes —rezaban las instrucciones— deben ser desaparecidos y todos los individuos que hayan tomado parte en hostilizar a las tropas nacionales serán pasados por las armas.” Zamacois, *op. cit.*, v. XIV, p. 23. Los revolucionarios, a su vez, correspondieron a las bárbaras medidas del gobierno con otras igualmente terribles. *Idem.*

³⁴ El 5 de enero de 1855 Gadsden no había recibido aún la instrucción del 19 de diciembre anterior en que Marcy le comunicaba las quejas de la cancillería mexicana, pues sólo acusa recibo de la instrucción número 40 del Departamento de Estado fechada el 21 de noviembre de 1854. Gadsden a Marcy. México, 5 de enero de 1855, en NAW, *Despatches...*, rollo 20, v. 19.

³⁵ *Ibid.*

celo y los esfuerzos de esta legación para zanjar los asuntos, desafortunadamente resurgidos por ese instrumento”.³⁶ Ni siquiera debía aventurarse la idea de que el desencanto del Ejecutivo mexicano ante el tratado hubiera provocado que repudiara o faltase a cualquiera de sus cláusulas; por el contrario, Su Alteza Serenísima mostraba una “impaciente ansiedad por cumplir sus últimas estipulaciones para que se le entreguen las concesiones aseguradas”. La cuestión era que aquellos senadores que se habían opuesto a la adquisición de territorio, o la habían restringido rechazando simultáneamente el ajuste de las reclamaciones privadas, no habían tomado en cuenta la condición mexicana, “cuyo único recurso para hacer frente a sus obligaciones pecuniaras eran sus tierras”.³⁷ Era lógico pensar que un país sin crédito, con una enorme deuda interna y las arcas siempre vacías iba a posponer, dificultar y resistir el arreglo de sus obligaciones donde “se espera el reembolso de su justa equivalencia en dinero”.³⁸ La única forma de resolver las “justas demandas de ciudadanos norteamericanos” que no habían sido reconocidas o no estaban en vías de arreglo era mediante el ofrecimiento de asumirlas a cambio de la cesión de territorio. El propósito de todo esto sería “armonizar las relaciones en la frontera” con un lindero que apaciguara los desacuerdos y “garantizase la seguridad y protección de los intereses americanos”.³⁹ Sólo sobre esta base se conseguiría dar solución a las reclamaciones. Para finalizar, Gadsden mencionaba a Marcy los rumores que corrían por la ciudad —que como dijo eran el conducto usual para hacer alguna insinuación a las legaciones— según los cuales las propuestas norteamericanas de adquirir más territorio serían bien recibidas. Aseguró a sus superiores que no se había comprometido sobre estos asuntos, pero afirmó estar persuadido de la conveniencia de presionar al gobierno mexicano por esta vía para lograr la pronta compensación de las reclamaciones.

Gadsden sabía bien la importancia que su gobierno daba a dichas reclamaciones, por lo que la promesa de arreglarlas podía constituir un argumento atractivo para aceptar ensanchar de nueva cuenta su territorio.⁴⁰ Llama la atención que apenas tres semanas antes hubiera

³⁶ *Ibid.*

³⁷ *Ibid.*

³⁸ *Ibid.*

³⁹ *Ibid.*

⁴⁰ Justamente en esos días, Marcy respondió en un tono ríspido a la nota en que la legación mexicana se quejaba de que las autoridades estadounidenses no sólo no evitaban sino que daban refugio a los invasores que merodeaban territorio mexicano en la región del Bravo. Aseguró que eran muchas las pruebas que los Estados Unidos habían dado a México de cumplir con las estipulaciones del tratado relativas a la seguridad de la frontera, incluido

dedicado largos despachos para convencer a Washington de lo nocivo que resultaría proporcionarle a Santa Anna recursos por adelantado, alargando la vida de un gobierno tiránico y traicionando a los liberales cuya mayoría “estaba dispuesta a la anexión”. Sin duda el emisario de Washington nunca se había resignado del todo a aceptar las mutilaciones a su tratado, que truncaron el plan expansionista.

Aun cuando el reconocido autor James Callahan señala que en este momento Santa Anna realizó un viraje en su política hacia los Estados Unidos y que posiblemente haya buscado abrir el camino para otra venta de territorio,⁴¹ es difícil definir si fueron él, Gadsden o ambos quienes plantearon la alternativa. La trayectoria de los dos personajes nos permite pensar que cualquiera de ellos pudo haber abrigado tales planes. Por una parte, los antecedentes y los despachos del ministro muestran claramente que tal suposición es factible. Por otra, el futuro incierto y más bien oscuro del régimen del veracruzano, ensombrecido aún más por los problemas recientes con España, con la que había querido construir una “alianza protectora”, permiten aventurar que la idea de enajenar más territorio bien pudo cruzar por su cabeza.⁴² Ciertamente, el asunto fue tratado entre los dos tal como quedó consigna-

el hecho de haber dispuesto de las dos terceras partes de las fuerzas militares a lo largo de la línea fronteriza de Texas, Nuevo México y Alta California. Añadió que autoridades mexicanas al mando de indios seminolas y lipanes incursionaban y robaban en territorio estadounidense. Agregó que a esto podría sumarse una larga lista de quejas que no habían recibido siquiera respuesta de las autoridades de México, en contraste con los esfuerzos realizados por Estados Unidos en los casos de Walker y Carbajal. Finalmente, insinuó con suficiente claridad que México, ocupado en sus disensiones internas, había descuidado la protección de sus fronteras. Marcy a Almonte. Washington, 8 de enero de 1855, en NAW, *Notes to foreign Legations in the United States...*, rollo 77.

⁴¹ Callahan, *op. cit.*, p. 233-234, 237-239.

⁴² Hacia fines de 1854, la relación entre México y España —país al que el régimen santannista había querido convertir en la piedra de toque de una alianza europea protectora— entró en crisis. En diciembre Santa Anna pidió la revisión de la convención de reclamaciones (firmada el 12 de noviembre de 1853 y convertida en tratado el 6 de febrero de 1854), detuvo las negociaciones para establecer una alianza y derogó el decreto que permitía a los barcos españoles pescar en aguas yucatecas. A todo ello se sumaron los problemas provocados por Lorenzo Carrera, comisionado de los acreedores de la deuda española de quien había numerosas quejas por los malos manejos que hacía de los dividendos de los acreedores. Carrera generó problemas entre éstos; entre Díez de Bonilla y Santa Anna; entre los plenipotenciarios españoles —pues entre marzo y agosto de 1855 hubo dos ministros— y, en general, entre los gobiernos de México y España. Johnson afirma erróneamente que los problemas llevaron a la ruptura de las relaciones diplomáticas entre los dos países, cosa que sucedió hasta diciembre de 1856. *Op. cit.*, p. 60. Sobre la convención de reclamaciones véase Antonia Pi-Suñer Llorens, *El general Prim y la cuestión de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Secretaría de Relaciones Exteriores, 1996, p. 41-52, en que se hace una relación pormenorizada del intrincado problema de la convención de reclamaciones, de los turbios negocios a que dio lugar, y del papel que en ello jugaron el ministro Ramón Lozano y Armenta, Lorenzo Carrera, Díez de Bonilla y el propio Santa Anna.

do en sendos comunicados: la nota reservada de la cancillería a su enviado en Washington del 3 de febrero de 1855, donde se informan escuetamente las pretensiones de Gadsden de adquirir una mayor extensión territorial, y la del 13 de marzo, indicándole a Almonte negar, en forma decidida, que el gobierno mexicano estuviera dispuesto a escuchar proposición alguna al respecto.⁴³

Como haya sido, Gadsden no dejó de insistir ante el Departamento de Estado en la imposibilidad de llegar a un arreglo de las reclamaciones con México, país que no tenía nada que ofrecer excepto sus tierras deshabitadas cuyo valor para la Unión Americana era mayor que el pago de las reclamaciones que asumiera. Recordó que en el tratado de diciembre de 1853 los Estados Unidos se habían comprometido a pagar hasta cinco millones por ellas, si bien su verdadero valor no rebasaba los dos millones.⁴⁴

En el afán por persuadir a su gobierno de obtener más tierras, el ministro acudió al viejo espantajo de la amenaza inglesa. Afirmó, primero, que los tenedores de bonos británicos, quienes recientemente habían firmado una nueva convención con el gobierno mexicano, se sentirían felices de intercambiarlos por terrenos, pues estaban muy decepcionados de las utilidades que podrían obtener por ellos. El argumento es, a nuestro juicio, difícil de creer. Estudios recientes han mostrado que los dueños de deuda británica no tenían interés alguno en una transacción de tal naturaleza;⁴⁵ de todos modos, servía para inquietar a Washington. En seguida, el enviado aseguró que había indicios de que Gran Bretaña estaría deseosa de asumir las obligaciones a cambio de Yucatán, provincia contigua a su colonia de Belice, a menos que “el Manifiesto de Monroe le interponga un obstáculo”.⁴⁶

Machacó que las reclamaciones se habían convertido en un asunto tan irritante y absorbente que en tanto no fueran “canceladas del registro de asuntos pendientes” sería en vano esperar cualquier avance con el gobierno mexicano en temas como el libre comercio. Insistió en la carga que aquéllas representaban para los esfuerzos de la legación de

⁴³ Almonte acusa recibo de la nota reservada del 3 de febrero de 1855. Almonte a Díez de Bonilla. Washington, 19 de febrero de 1855, en AHSREM, *AEMEUA* (correspondencia encuadernada), t. 12, despacho reservado n. 13. Almonte acusó recibo de la nota del 13 de marzo de 1855. Almonte a Díez de Bonilla. Washington, 2 de abril de 1855, en AHSREM, *AEMEUA* (correspondencia encuadernada), t. 12, despacho reservado n. 21.

⁴⁴ Gadsden aseguró que ningún tribunal estadounidense habría legalizado más allá de esta cifra. Gadsden a Marcy. México, 17 de enero de 1855, en NAW, *Despatches...*, rollo 20, v. 19.

⁴⁵ *Cfr. vid.* Claudia Lomelí Rodríguez, “Historia de una historia que no fue. Los proyectos ingleses de compra y colonización de la Alta California, 1837-1846”, Universidad Nacional Autónoma de México, 1997 (tesis de licenciatura).

⁴⁶ Gadsden a Marcy. México, 17 de enero de 1855, en NAW, *Despatches...*, rollo 20, v. 19.

entablar relaciones más amistosas con México, y dijo que durante la negociación del tratado de diciembre de 1853 había considerado su eliminación como un requisito indispensable para lograr un adelanto en la solución de los problemas fronterizos. Agregó, enfático, que a los Estados Unidos sólo le quedaban dos caminos: el arreglo a través de un tratado o la espada.⁴⁷

Al parecer, al despuntar 1855, la idea de Gadsden sobre lo que debería ser la política norteamericana hacia México no había variado demasiado de aquella que albergaba en 1853, cuando llegó al país por vez primera. Sólo que ahora cargaba con un resentimiento: el arreglo, que con tanto trabajo había construido, había sido virtualmente mutilado por los senadores norteros antiesclavistas apoyados en especuladores privados y prejuicios regionales.⁴⁸ El acuerdo por el que fue sustituido, el “tratado imperfecto”, pasaba por alto —a su parecer— que los problemas con México sólo se resolverían a costa de más territorio. El arreglo de las reclamaciones o de los problemas en la frontera se conseguiría únicamente de esa manera; la alternativa era la guerra. Igual que a finales de 1853, Santa Anna estaba dispuesto a negociar, aseguraba el ministro. Pero también como entonces podría estar dispuesto a pactar con Inglaterra, enemiga jurada de la doctrina Monroe, si Washington no lo evitaba.

Una revisión cuidadosa de las fechas de las comunicaciones entre la legación estadounidense y el Departamento de Estado, así como entre la cancillería mexicana y su representante en Washington, dejan ver algunos aspectos importantes. Es posible que el tema de una nueva venta de territorio haya sido discutido entre Gadsden y el gobierno santannista en enero de 1855, pues éste lo planteó a su gobierno al iniciarse ese mismo mes. El día 29, sin embargo, el plenipotenciario rompió relaciones con las autoridades mexicanas, lo que sin duda interrumpió la discusión sobre el asunto. Fue hasta la primera semana de febrero que la cancillería informó a su ministro en Washington de las “pretensiones norteamericanas de adquirir tierras”, cuestión que obviamente para ese momento ya no tenía vigencia alguna. Nueve días más tarde, Díez de Bonilla notificó a Almonte que el gobierno mexicano no estaba dispuesto a escuchar propuestas en ese sentido, cosa que difícilmente pudiera haber sucedido en el ambiente hostil que entonces existía en las relaciones entre la legación norteamericana y la can-

⁴⁷ *Ibid.*

⁴⁸ Gadsden a un amigo. [s. l.], 17 de agosto de 1854, en *Journal of Commerce* de Nueva York, *apud*: Garber, *op. cit.*, p. 134.

cillería. No queda clara la intención del canciller al informarle a Almonte, fuera de tiempo, sobre las aparentes intenciones de Washington. Lo que parece más probable es que las negociaciones se hayan frustrado debido a la ruptura provocada por el propio Gadsden.

En otro orden de cosas, la protesta de la cancillería mexicana por la ocupación prematura de La Mesilla, cuando todavía no se concluían los trabajos de demarcación de los linderos, provocó que Gadsden comentara que se trataba de un mero pretexto para obtener el pago inmediato de los tres millones “de los que el gobierno mexicano está muy necesitado”, tal como había planteado con anterioridad.⁴⁹ Ciertamente, el asunto se prestaba a confusiones, pues, aunque el artículo tercero del Tratado de La Mesilla estipulaba con claridad que “los tres millones restantes [se pagaran] tan pronto como se reconozca, marque y fije la línea divisoria”,⁵⁰ nada decía acerca de la fecha en que el gobierno norteamericano podía ocupar el territorio. La cuestión, como se verá, dio lugar a una prolongada controversia entre los dos gobiernos.

Por lo pronto, las observaciones del enviado de Washington se confirmaron. En efecto, Almonte se entrevistó con Marcy con el propósito de ver si la administración, dada la anticipada presencia norteamericana en la zona, estaría dispuesta a entregar el resto de la indemnización. El mexicano expuso sus razones: si los estadounidenses querían tomar posesión de La Mesilla antes de lo acordado debían a su vez entregar la suma faltante.⁵¹ Sorprendentemente ésta ascendía a sólo \$1 500 000, pues el otro tanto ya había sido negociado en pagarés —que se harían efectivos según los términos del tratado, es decir, cuando concluyesen los trabajos de demarcación de la línea— en favor de la casa comercial neoyorkina Howland & Aspinwall.⁵² De cualquier manera había otras

⁴⁹ *Ibid.* El gobierno de Santa Anna envió una nota a Almonte donde se le informaba del hecho que contravenía los “usos” y el tratado recientemente celebrado y se le ordenaba presentar las reclamaciones del caso. El plenipotenciario acusó recibo de las instrucciones el 19 de enero de 1855, en AHSREM, *AEMEUA* (correspondencia encuadernada), t. 11, despacho ordinario n. 22. El 29 de enero Almonte cumplió con sus instrucciones y así lo informó a su gobierno un día después. Almonte a Marcy. Washington, 29 de enero de 1855, en NAW, *Notes from the Mexican Legation in the United States to the Department of State 1821-1906*, rollo 4, v. 8; Almonte a Díez de Bonilla. Washington, 30 de enero de 1855, en AHSREM, *AEMEUA* (correspondencia encuadernada), t. 11, despacho ordinario n. 27.

⁵⁰ México, *Tratados ratificados y convenios ejecutivos celebrados por México*, 19 v., México, Senado de la República, Estados Unidos Mexicanos, v. 1, p. 262-263.

⁵¹ Almonte a Díez de Bonilla. Washington, 1 de febrero de 1855, en AHSREM, *AEMEUA* (correspondencia encuadernada), t. 11, despacho ordinario n. 32.

⁵² Sobre los pagarés que amparaban dicha suma, girados por el gobierno mexicano el 1 de diciembre de 1854, véase la nota de Almonte a Marcy, Washington, 19 de enero de 1855, en NAW, *Notes from the Mexican Legation...*, rollo 4, v. 7-8. La documentación completa sobre los pagarés girados por el gobierno mexicano a Howland & Aspinwall y toda la correspondencia

casas norteamericanas “interesadas” en la cantidad restante; Hargous Brothers entre ellas.⁵³ Gadsden, al parecer, ignoraba que la administración estadounidense se disponía a aceptar los documentos suscritos por el gobierno mexicano a cuenta de los tres millones; se limitó a contestar las protestas de la cancillería por la cuestión de La Mesilla con la copia de una carta del general Garland, destacado en aquella región, donde afirmaba que la ocupación había sido “un acto que se hizo necesario e igualmente imperante para ambos países cuyas relaciones fronterizas son tan frecuentemente perturbadas por aventureros sin ley que requieren la fuerza de un poder militar para someterlos y traerlos a la jurisdicción de la civilización”. Hizo énfasis en que a partir de dicha acción no había habido otras causas de irritación en la frontera que las surgidas entre los comerciantes por la falta de un sistema de intercambio recíproco “más moderno y liberal”.⁵⁴

La suspensión unilateral de las relaciones

Al iniciar febrero la condición de las relaciones entre la legación norteamericana y el gobierno de México era sumamente delicada. Gadsden, al conocer las quejas que el canciller había presentado en su contra, suspendió la relación con el gobierno mexicano, según dijo, hasta conocer la opinión del presidente Pierce o cuando las quejas fuesen retiradas.⁵⁵

relativa al pago de los tres millones fue solicitada por el Senado de los Estados Unidos al presidente el 20 de marzo de 1856. Pierce, en consecuencia, envió una carpeta con 46 documentos entre los que se encuentran las comunicaciones entre el ministro mexicano y el secretario de Estado; entre éste y el secretario del Tesoro; entre Marcy y Howland & Aspinwall; entre el ministro de Hacienda de México y el secretario del Tesoro estadounidense y otros que evidencian las transacciones realizadas. EUA, *The Congressional Globe: containing the Debates Proceedings and Laws of the First Session of the Thirty Fourth Congress (...1855-1856, v. XXIX, parte 1)*, Washington, John C. Rives, 1856, p. 11-75. Cabe señalar que, según los registros del Departamento del Tesoro, Howland & Aspinwall cobró sus pagarés el 20 de marzo de 1856. *Ibid.*, [s. p.]

⁵³ De acuerdo con los registros arriba señalados Hargous Brothers cobró el 9 de febrero de 1856 un pagaré por \$ 750 000. Howland & Aspinwall hizo efectivos dos documentos más, amén de los ya indicados; uno por \$ 656 000, el 7 de febrero de 1856, y otro por \$ 94 000, el 4 de abril del mismo año. *Idem.*

⁵⁴ Gadsden a Díez de Bonilla. México, 20 de enero de 1855, en NAW, *Despatches...*, rollo 20, v. 19, anexo al despacho del 19 de febrero de 1855.

⁵⁵ Gadsden a Díez de Bonilla. México, 27 de enero de 1855, en NAW, *Despatches...*, rollo 20, v. 19, anexo al despacho del 5 de febrero de 1855. La nota, a decir del ministro, fue enviada al canciller dos días después de haberla escrito. Seguramente ésta es la razón por la cual aparece una copia de esta nota con fecha del 29 de enero. Gadsden a Bonilla. México, 29 de enero de 1855, en NAW, *Notes from...*, rollo 4, v. 7-8. Anexo a la nota de Almonte a Marcy del 14 de mayo de 1855, *ibid.*

Santa Anna, tal vez temiendo el desenlace que pudiera sobrevenir a dicha decisión, emitió un manifiesto,⁵⁶ pieza que como otras calzadas con su firma es digna de análisis. En ella aseguraba que sólo el voto de confianza expresado en el plebiscito recién efectuado lo había decidido a permanecer en el poder. Fustigaba a los liberales que lo tachaban de usurpador cuando los desastres provocados por los gobiernos de tal corte lo habían hecho traer del extranjero. Señaló que la nacionalidad había estado a punto de perderse y que el temor a ello había sido la razón para otorgarle poderes omnímodos. En esas graves circunstancias los mexicanos debían unirse contra el enemigo común y mientras perdurara la amenaza no debía haber en México “sino un solo gobierno que mande y súbditos que obedezcan”. Así justificaba su régimen dictatorial. Y vindicando la venta de La Mesilla decía que la disyuntiva planteada entonces había sido guerra o negociación. Su gobierno, sabedor de la imposibilidad de emprender la primera, había optado por la segunda, rechazando presiones para entregar “casi la mitad del territorio nacional” y cediendo solamente terrenos de poca importancia para el país. El tratado, que era “la piedra de escándalo de los falsos patriotas, de los liberales hipócritas”, no podía compararse con el de Guadalupe Hidalgo, que había consagrado la pérdida de más de la mitad del territorio mexicano. En contraste, el de La Mesilla había zanjado las cuestiones de límites así como todos los asuntos pendientes y “en ninguna época México ha sido más considerado en el exterior, ni ha visto mejor aseguradas sus relaciones con Potencias Extranjeras”.⁵⁷ De tal manera, dicho acuerdo, que muchos infortunios había evitado al país, no podía ser el pretexto para una revolución “inmoral” que tantos daños causaba. Ésta, en cambio, sí era la razón de la inexorable persecución que emprendería contra “esas doctrinas que han relajado la obediencia, desconceptuado a la autoridad, introducido el desorden y la anarquía.”⁵⁸

Este manifiesto no sólo planteaba la justificación de un gobierno dictatorial y presentaba a su autor como el personaje imprescindible para salvar al país; defendía la venta de territorio y procuraba presentar la negociación del Tratado de La Mesilla como una ocasión singular en que hubo que hacer frente a la desmedida codicia territorial norteamericana. Además aseguraba que la venta de aquellas tierras había salvado a México de una guerra fatal, por lo que no podía ser la bande-

⁵⁶ *Manifiesto del Presidente de la República a la Nación*. México, 2 de febrero de 1855, Imprenta Ignacio Cumplido, 1855.

⁵⁷ *Ibid.*

⁵⁸ *Ibid.*

ra legítima de hipócritas adoctrinados por las ideas anarquizantes e inmorales del liberalismo.

Las alusiones a los Estados Unidos y sus valores eran evidentes; los ataques también. Empero, al igual que en 1853, el lenguaje vociferante y las exhibiciones anti-norteamericanas mucho tenían de parodia, pues en los corredores de palacio se negociaban pagarés y, quizá, la posibilidad de enajenar algunas regiones; lo primero a espaldas de Gadsden, lo segundo seguramente no.

El enviado de Washington debió haber necesitado algunos días para reponerse del disgusto que le provocó la misiva de Marcy sobre las acusaciones del gobierno mexicano en contra suya. Su primera reacción fue iniciar un duelo epistolar con el canciller. De este modo, aunque el plenipotenciario suspendió las relaciones no interrumpió la comunicación. Díez de Bonilla respondió sus protestas en tono enérgico pero comedido. Le aseguró que nunca se habían dejado de atender las demandas de las legaciones a excepción de los casos en que no les asistía la justicia, y agregó que esperaba que lo propio hiciera Washington con las “multiplicadas y fundadas” reclamaciones mexicanas.⁵⁹

El representante de Washington también escribió un vehemente despacho al Departamento de Estado. Se excusó de no enviar los datos solicitados⁶⁰ y aseguró que un solo vistazo a los archivos bastaría a Marcy para advertir el tono ofensivo de Díez de Bonilla siempre que se refería al gobierno estadounidense, a sus instituciones liberales y al “espíritu agresivo” de su política hacia las naciones débiles.⁶¹ Asimismo, estaba persuadido de que el presidente Pierce aprobaría la ruptura de relaciones “con un gobierno representado por una mente tan pervertida, obtusa y arrogante”.⁶²

Informó, altanero, que había dirigido una comunicación al canciller en donde le presentaba la oportunidad de reparar la bajeza que había perpetrado. Según su apreciación ésta se había realizado sin el conocimiento de Santa Anna, a quien Díez de Bonilla mantenía al margen de muchos asuntos graves, y la actitud del canciller constituía una respuesta a la comunicación directa que él había querido entablar con Su Alteza Serenísima.

⁵⁹ El canciller advirtió a Gadsden que las reclamaciones serían analizadas en forma individual y no colectiva como éste sugería. Díez de Bonilla a Gadsden. México, 7 de febrero de 1855, en NAW, *Despatches...*, rollo 20, v. 19, anexo al despacho del 19 de febrero de 1855.

⁶⁰ Recuérdese que Marcy solicitó a Gadsden información para contestar la petición de relevo que le fue presentada por Almonte. *Vid. supra*, p. 216-217.

⁶¹ Gadsden a Marcy. México, 5 de febrero de 1855, en NAW, *Despatches...*, rollo 20, v. 19.

⁶² *Ibid.*

Por enésima vez se quejó de que el Ministerio de Relaciones Exteriores, ocupado en recepciones y festividades, no respondía a las comunicaciones de la legación, muchas de las cuales buscaban resolver reclamaciones de particulares o asuntos que interesaban a los Estados Unidos. Advirtió, también, que las autoridades mexicanas habían presentado nuevamente demandas por perjuicios derivados de incursiones indias, que según Díez de Bonilla debían ser asumidas por el gobierno norteamericano hasta la fecha en que fue ratificado el Tratado de La Mesilla. El plenipotenciario aprovechó la oportunidad para reiterar que esta disputa fortalecía su convicción de que “la mal aconsejada mutilación” que los senadores norteamericanos habían hecho a su tratado reactivaría todos los asuntos que —de otra manera— se habrían resuelto, inclusive el de la frontera.⁶³

Reclamó, con la misma actitud que asumió en diciembre de 1854, de la cual se había alejado para considerar la anexión de territorio, que no se adelantara el pago de los tres millones que restaban de la indemnización y recomendó con insistencia el envío de una fuerza naval al Golfo que visitara ocasionalmente los puertos mexicanos. Aconsejó también a su gobierno mantenerse vigilante sobre la posible intromisión europea. Al respecto analizó diversos sucesos como la interferencia de los cónsules de las potencias en las negociaciones del comisionado norteamericano para obtener una base en Santo Domingo; la cuestión cubana; la ruptura de relaciones entre Estados Unidos y España y el regreso de Soulé, llegando a la conclusión de que estos hechos no podían verse aislados de la alianza entre los ministros de Inglaterra, Francia y España en México y de su estrecha relación con Díez de Bonilla. Agregó que vapores franceses y británicos habían visitado Veracruz en fecha reciente y que sus banderas ondeaban en las Indias Occidentales, incluida “la gema de las Antillas”.⁶⁴ Incitó a su gobierno a adoptar una política más agresiva con los países de Europa y advirtió de la necesidad de mantener un buque de guerra en las costas mexicanas.

El recelo de Gadsden hacia las potencias europeas tenía su contraparte en el temor continuamente expresado por el ministro Gabriac acerca de los planes norteamericanos. El francés escribió que México era la Constantinopla de América, donde el gabinete de Washington desempeñaba el papel de los rusos, por lo que no perdería la ocasión para tratar de consumir sus ambiciones hegemónicas.⁶⁵

⁶³ *Ibid.*

⁶⁴ *Ibid.*

⁶⁵ Gabriac a su gobierno. México, 31 de diciembre de 1854, en Díaz, *Versión francesa...*, v. 1, p. 158.

A pesar de la suspicacia mutua entre los plenipotenciarios y las recomendaciones de Gadsden a su gobierno, el curso de los acontecimientos políticos en la Unión Americana, particularmente las derrotas del Partido Demócrata en las elecciones para el Congreso, hizo que la administración de Pierce reconsiderara su política exterior y adoptara una actitud mucho más pacífica. Al parecer —informó Almonte al Ministerio de Relaciones— el proyecto de apoderarse de Cuba había sido abandonado así como también la expedición a la Mosquitia.⁶⁶

Evidentemente, la política menos agresiva y no-anexionista que la administración de Pierce se vio obligada a emprender contrastaba con el tono belicoso de las incitaciones de Gadsden. Es posible que el ministro se haya hecho entonces particularmente incómodo y que el informe de Almonte estuviera fundamentado. Éste señaló que Pierce sólo esperaba la petición oficial de México para relevar a Gadsden de su cargo, ya que no deseaba hacerlo por propia iniciativa pues podría causarle problemas con aquellos que apoyaban al molesto diplomático.

De acuerdo con la versión de Almonte, cuando Gadsden supo que se deseaba su renuncia contestó que lo destituyeran si acaso tenían el suficiente valor para ello, pues él no lo haría.⁶⁷ Tal reacción no sólo nos habla de su temperamento impulsivo, sino que deja ver también que se sentía suficientemente respaldado por un grupo capaz de enfrentar al secretario de Estado.

Sin embargo, el que la política exterior norteamericana procurara ahora atenuar su carácter belicoso no quería decir que las dificultades con México pudieran resolverse a corto plazo. La ocupación de La Mesilla siguió provocando serias desavenencias, y tanto el secretario de Estado como su ministro en México la justificaron plenamente. El primero sostuvo que la ratificación del tratado y el pago de los siete millones habían convertido el territorio en propiedad absoluta de los Estados Unidos y consecuentemente tenían el derecho de instalarse en él;⁶⁸ el segundo aseguró que el haber extendido la jurisdicción y las leyes estadounidenses a la región no había sido ni prematuro ni violatorio, pues no existía un plazo previamente fijado para su entrega. Sostuvo que el no haberse pagado el dinero restante de la indemnización no prohibía tomar posesión de un dominio por el cual ya se había cubierto la mayor parte del monto estipulado.⁶⁹

⁶⁶ Almonte a Díez de Bonilla. Washington, 5 de febrero de 1855, en AHSREM, *AEMEUA*, (correspondencia encuadernada), t. 11, correspondencia ordinaria n. 35.

⁶⁷ *Ibid.*

⁶⁸ Marcy a Almonte. Washington, 7 de febrero de 1855, en NAW, *Notes to Foreign Legations...*, rollo 70.

⁶⁹ Gadsden a Marcy. México, 19 de febrero de 1855, en NAW, *Despatches...*, rollo 20, v. 19.

La legación mexicana refutó los argumentos de Marcy. Aludió al primer artículo del tratado⁷⁰ y afirmó que el territorio cedido debía permanecer en *statu quo* en tanto no finalizaran los trabajos para delimitar la frontera. Asimismo insistió en que los Estados Unidos entregaran a México el resto de la indemnización si deseaban tomar posesión de la zona.⁷¹ Por su parte, Díez de Bonilla manifestó su total desacuerdo con los argumentos de Gadsden y exigió la desocupación inmediata de La Mesilla o la entrega del dinero que aún se adeudaba.⁷²

Hasta el 19 de febrero la cancillería mexicana no había respondido la nota en que Gadsden anunciaba el rompimiento de relaciones, no obstante lo cual, como se ha mencionado, mantenían correspondencia.⁷³ Por medio de ella el plenipotenciario pudo percatarse del empeño mexicano en que los Estados Unidos pagaran las indemnizaciones ocasionadas por el saqueo indio. A pesar de que esta idea ya le había sido expresada de manera privada nunca pensó que “tal absurdo” pudiera ser esgrimido como respuesta a las “justas demandas” de la legación.⁷⁴ Consideró que era al presidente y al Senado de los Estados Unidos a quienes competía establecer si procedía o no la reclamación mexicana; él, entretanto, mantuvo su postura de desconocerla, tal como había hecho con anterioridad. De cualquier manera, el asunto sirvió para que —por enésima vez— recomendara a su gobierno retener el monto restante de la indemnización en tanto Bonilla no abandonara sus necias pretensiones, puesto que “se entendió [que aquellas reparaciones] quedaron comprendidas entre las concesiones por las que el

⁷⁰ El artículo primero del tratado señalaba la trayectoria de la nueva frontera. Estipulaba el nombramiento de sendos comisarios que recorrerían y demarcarían sobre el terreno la línea establecida, señalando que dicha línea sólo sería instituida por lo convenido por los comisarios, “...reputándose su conformidad en este punto como decisiva y parte integrante de este tratado, sin necesidad de ulterior ratificación o aprobación y sin lugar a interpretación de ningún género por cualquiera de las dos partes.

La línea divisoria establecida de este modo, será en todo tiempo fielmente respetada por los dos gobiernos, sin permitirse ninguna variación en ella, si no es de expreso y libre consentimiento de los dos...”, México, *Tratados ratificados...*, v. I, p. 261-262.

⁷¹ Almonte a Marcy. Washington, 15 de febrero de 1855, en NAW, *Notes from the Mexican Legation...*, rollo 4, v. 7-8. Almonte remitió a su gobierno la copia y traducción de la carta de Marcy; a pesar de que en aquella se advierte un tono enérgico, Almonte aseguró que había sido informado “extraoficialmente” que el presidente Pierce había desaprobado la ocupación, lo que le hacía pensar que el territorio sería pronto desocupado. Almonte a Díez de Bonilla. Washington, 15 de febrero de 1855, en AHSREM, *AEMEUA* (correspondencia encuadrada), t. 12, despacho reservado n. 11.

⁷² Díez de Bonilla a Gadsden. México, 15 de febrero de 1855, en NAW, *Despatches...*, rollo 20, v. 19, anexo al despacho del 19 de febrero de 1855.

⁷³ Gadsden no advirtió ningún cambio de actitud por parte de Díez de Bonilla respecto a las quejas norteamericanas. Gadsden a Marcy. México, 19 de febrero de 1855, en NAW, *Despatches...*, rollo 20, v. 19.

⁷⁴ *Ibid.*

gobierno de los Estados Unidos pagaría los diez millones de pesos".⁷⁵ Agregó que el régimen mexicano avanzaba hacia el absolutismo y provocaba sentimientos hostiles hacia la Unión Americana y sus instituciones como una forma de mantener la cohesión política interna; denunció el peligro que Santa Anna representaba para los principios de la doctrina Monroe y aseguró que buscaba una alianza con las potencias europeas y los países sudamericanos, tal como podía apreciarse en su reciente manifiesto.⁷⁶

Sin duda, la tensión entre la legación y la cancillería había llegado al extremo, por lo que no fue extraño que ésta solicitara de nueva cuenta a Washington la remoción de su representante.⁷⁷ Almonte informó a México que el secretario de Estado no había ocultado su sorpresa al conocer la queja por la ocupación de La Mesilla, pues pensaba que Gadsden ya había resuelto el problema. Notificó también que estaba enterado de que el gobierno norteamericano había enviado órdenes a Gadsden para negociar la compra de Sonora.⁷⁸ Las instrucciones de Marcy corroboran que tales informes carecían de fundamento,.

Entretanto, hacia finales de febrero la mala situación en que se encontraba la campaña del sur obligó al propio Santa Anna a dirigirse a aquella región a enfrentar a los rebeldes, aunque el diario oficial afirmó que el viaje obedecía a motivos de salud.⁷⁹ El primero de marzo el dictador se encontraba en Iguala, de paso para Chilpancingo, que era una de las pocas guarniciones del gobierno que aún quedaba en la región. Las fuerzas gubernamentales ocasionaron graves pérdidas a los insurrectos.⁸⁰ Empero, no se dio el esperado enfrentamiento entre las fuerzas de Álvarez y las tropas del dictador y el gobierno se justificó señalando que la geografía de Guerrero había impedido el paso de su ejército.⁸¹ Santa Anna regresó a la capital el 10 de marzo. En esta oca-

⁷⁵ *Ibid.*

⁷⁶ *Ibid.*

⁷⁷ Almonte acusó recibo de la nota reservada de la cancillería del 5 de febrero de 1855. Almonte a Díez de Bonilla. Washington, 19 de febrero de 1855, en AHSREM, *AEMEUA* (correspondencia encuadernada), t. 12, despacho reservado n. 14.

⁷⁸ Almonte a Díez de Bonilla. Washington, 20 de febrero de 1855, en AHSREM, *AEMEUA* (correspondencia encuadernada), t. 12, despacho reservado n. 17.

⁷⁹ Zamacois, *op. cit.*, v. XIV, p. 28; Calcott, *op. cit.*, p. 311.

⁸⁰ El coronel Rosendo Moreno, derrotado y hecho prisionero en las inmediaciones de Chilpancingo, fue pasado por las armas al considerársele traidor, *idem*; Zamacois, *op. cit.*, v. XIV, p. 29; Gadsden a Marcy. México, 5 de marzo de 1855, en NAW, *Despatches...*, rollo 20, v. 19; Santiago Blanco, ministro de Guerra y Marina, a Díez de Bonilla. Iguala, 1 de marzo de 1855, en AHSREM, exp. LE-2210, f. 26; Reseña Política. México, 1 de abril de 1855, en AHSREM, exp. 6-19-7, f. 60.

⁸¹ [S. a.], [s. l.], 1 de marzo de 1855, en AHSREM, exp. 6-19-7 (1), f. 59. Díez de Bonilla a Blanco. México, 3 de marzo de 1855, en AHSREM, exp. LE-2210, f. 29. El gobierno de Santa

sión no hubo salvias ni repique de campanas ni mucho menos discursos; todo ello fue sabiamente omitido.⁸²

Probablemente este nuevo fracaso de las armas gubernamentales, el avance de los insurgentes en Guanajuato y el istmo de Tehuantepec,⁸³ las continuas deserciones,⁸⁴ la presión de la legación estadounidense y la situación harto difícil por la que atravesaba la relación con España llevaron a Santa Anna a demandar el auxilio de la representación francesa. Díez de Bonilla en una carta secreta a Gabriac azuzó el recelo francés hacia Estados Unidos al hablarle de su política “que, hollando los principios del derecho de gentes y de la moral y diseminando los disolventes de toda sociedad para satisfacer sus rapaces instintos y deseos de predominio, sirve hoy ya de escándalo a todas las naciones”.⁸⁵ Le hizo ver que el resultado de esa política había sido desfavorable para los intereses europeos cuya influencia en el hemisferio americano había disminuido. Sostuvo que las miras estadounidenses eran, en ese momento, adueñarse de Cuba y las Antillas, así como de México y Centroamérica hasta el istmo de Panamá. De lograrlo, afirmó, “la preponderancia comercial de Estados Unidos no tendría límites. Influidría decisivamente en todo el Continente Americano, quedarían bajo su dominio las mejores y más cortas vías de comunicación con Asia, ya sea por Nicaragua, por Tehuantepec u otros varios puntos que hoy se pro-

Anna, animado por sus triunfos, emitió órdenes terribles y vengativas como la de fusilar y colgar de los árboles a los rebeldes o la de arrasas pueblos y rancherías y destruir todo medio de subsistencia. Zamacois, *op. cit.*, v. XIV, p. 29.

⁸² Calcott, *op. cit.*, p. 312. Zamacois difiere y anota que, a pesar de que la entrada de Santa Anna a la ciudad no se efectuó con toda la pompa de la ocasión anterior, “siempre fue de aparato regio”. *Ibid.*, v. XIV, p. 31. La reseña política redactada por el gobierno dio, evidentemente, una versión distinta de los hechos. Anunció “triumfos importantes sobre los facciosos”, el apresamiento de Rosendo Moreno, quien había defecionado y “pagó en un patíbulo sus crímenes”, y la derrota de Jesús Villalba en el río Mezcala. Consignó también el desagrado de Su Alteza Serenísima ante el hecho de que se diera más crédito a otras versiones que a las oficiales. Reseña política, México, 1 de abril de 1855, en AHSREM, exp. 6-19-7 (II y III), f. 5.

⁸³ Los insurgentes asaltaron el istmo en dos ocasiones entre febrero y marzo de 1855, lo cual movió a Santa Anna a enviar un batallón adicional de Veracruz a Coatzacoalcos. La alarma aumentó al conocerse la noticia del estallido de una rebelión en Chiapas que, finalmente, pudo ser combatida. Johnson, *The Mexican...*, p. 58.

⁸⁴ Los informes provenientes del sur eran cada vez más desalentadores. Las tropas, diezmadas por los estragos del clima, desertaban por centenas, al punto de que el gobierno expidió una circular exigiendo el “mayor empeño en la persecución y aprehensión de los desertores”, por cuya captura se ofrecía una recompensa de cinco pesos por cabeza. Zamacois, *op. cit.*, v. XIV, p. 32; Calcott, *op. cit.*, p. 312.

⁸⁵ Carta confidencial y secreta del ministro mexicano de Relaciones Exteriores, Manuel Díez de Bonilla, al vizconde Alexis de Gabriac. México, 2 de marzo de 1855, en Díaz, *Versión francesa...*, v. I, p. 169-175. La interpretación de Díez de Bonilla de la política norteamericana hacia México puede leerse en esta carta. *Ibid.*, v. I, p. 171-174.

yectan: abarcaría el comercio de aquella parte del globo y monopolizaría los mercados de toda la América del Norte”.⁸⁶

El ministro francés se percató de la desesperada situación de Santa Anna y, al mismo tiempo, percibió con claridad el avance norteamericano. Empero, advirtió que la permanencia del dictador en el poder no favorecería los intereses de su país.⁸⁷ Europa se había convertido en un elemento importante en la disputa entre el gobierno de México y la legación estadounidense.⁸⁸ Así, mientras Gadsden azuzaba a su gobierno con la supuesta alianza⁸⁹ entre el dictador y las potencias europeas, Santa Anna aguijoneaba a los ministros de Francia, Inglaterra y España hablándoles de los irrefrenables designios hegemónicos norteamericanos y del peligro que entrañaban para ellas.

Gadsden, entretanto, ignorante de que las autoridades de México habían solicitado nuevamente su remoción, describía en dilatados despachos la convulsa situación del país y vaticinaba su inminente desenlace en una crisis “que como todas las revoluciones mexicanas son precipitadas y frecuentemente inesperadas”. Altanero, infirió a partir de las continuas comunicaciones de Díez de Bonilla que la cancillería buscaba reanudar la relación con los Estados Unidos. Antes que esto sucediera, advirtió, llamaría la atención sobre las demandas de ciudadanos estadounidenses no resueltas y pondría los puntos sobre las íes acerca de la ocupación de una parte del territorio recién adquirido. Insistiría, asimismo, en la improcedencia de las demandas mexicanas por las depredaciones de los indios.⁹⁰ Respecto de este asunto, le recordó a la cancillería mexicana que la legación siempre se había rehusado a reconocer cualquier obligación de su gobierno por dichos ataques. Justificó la ocupación de La Mesilla asegurando que no había cláusula alguna en el tratado que señalara el periodo de ocupación; que la posesión era un derecho del comprador y que la frase sobre el finiquito de los restantes tres millones no prohibía ocupar o extender la jurisdicción sobre todo el dominio cedido pues, de ser así, el retraso de los comisionados podría implicar la anulación de todas las concesiones de un tratado después de que la recompensa por ellas hubiera sido pagada.⁹¹ Ame-

⁸⁶ *Ibid.*, v. 1, p. 173-174.

⁸⁷ Olliff, *op. cit.*, p. 47.

⁸⁸ En realidad, era México, y en un sentido más amplio Hispanoamérica, la región en disputa entre los Estados Unidos y las potencias europeas.

⁸⁹ Decimos supuesta porque, aunque haya sido su propósito, Santa Anna nunca pudo concretar la alianza.

⁹⁰ Gadsden a Marcy. México, 5 de marzo de 1855, en NAW, *Despatches...*, rollo 20, v. 19, y Gadsden a Díez de Bonilla. México, 5 de marzo de 1855, *ibid.*, anexo al despacho de la misma fecha.

⁹¹ *Ibid.*

nazó con turnar la cuestión al jefe del Ejecutivo estadounidense con la correspondencia respectiva.⁹² Este se encontraba, con seguridad, al tanto del asunto, pues Almonte se lo había comunicado; empero, las notas del mexicano no habían recibido todavía respuesta alguna.⁹³

La legación y el Departamento de Estado: una disputa permanente

Hacia mediados de marzo el secretario de Estado envió a su ministro unas instrucciones inusualmente extensas.⁹⁴ Comenzó por reprenderlo por no haber enviado la información solicitada para responder a las quejas del gobierno mexicano sobre su conducta y actitud. Le hizo ver que nunca pretendió que se pusiera a la defensiva ante las autoridades de México o se enfrascara con ellas en una discusión sobre los cargos en su contra. Hubiera deseado, simplemente, tener a la mano los datos que le permitieran responder aquellas acusaciones. La información para ello —dijo— sólo podía proveerla el propio Gadsden, y por eso le había enviado la nota de Bonilla. Así se lo había hecho saber el 19 de diciembre; no esperaba que escribiera a la cancillería sobre el asunto o que suspendiera la comunicación con ella.⁹⁵ En realidad, no se había enterado de la ruptura hasta que recibió el despacho del 5 de febrero.⁹⁶ Insistió en que las quejas del gobierno mexicano requerían de una respuesta antes de solicitar que fuesen retiradas. Aunque no le pidió que reanudara la relación, afirmó que el presidente Pierce lamentaba que la ruptura hubiese precedido a la respuesta del Departamento de Estado. En esa situación —reiteró— resultaba imperativo que Gadsden enviara cuanto antes la información solicitada.

Esta nota constituye, sin duda, un capítulo más de la confrontación entre el Departamento de Estado y la legación. Es también un testimonio de los retorcidos métodos de que ambos echaron mano en su disputa. Hemos relatado, con anterioridad, la aviesa manera en que Marcy, con

⁹² *Ibid.*

⁹³ Recuérdese que, desde el 7 de febrero, Almonte hizo referencia a la reacción del gobierno norteamericano ante la protesta por la toma del Valle de La Mesilla. *Vid. supra*, p. 228. Almonte a Díez de Bonilla. Washington, 5 de marzo de 1855, en AHSREM, *AEMEUA* (correspondencia encuadernada), t. 12, despacho reservado n. 19.

⁹⁴ Marcy a Gadsden. Washington, 14 de marzo de 1855, en NAW, *Diplomatic Instructions...*, rollo 113, v. 17.

⁹⁵ *Ibid.*

⁹⁶ Almonte había pedido nuevamente el retiro del diplomático justamente el 5 de febrero. Desde luego, el despacho de Gadsden de ese mismo día debió llegar a manos de Marcy alrededor del 20, unas dos semanas más tarde. Cabe recordar que el enviado de Washington había suspendido la comunicación con la cancillería el 27 de enero.

el pretexto de solicitarle información acerca de las quejas de la cancillería mexicana en su contra, envió a Gadsden la copia de la carta en que Díez de Bonilla solicitaba su retiro. Es probable que la intención de Marcy en todo esto fuera librarse de un enemigo político o, al menos, de un estorbo para su política hacia el vecino país. Empero, las cosas no salieron como esperaba. Gadsden, como era de esperarse dada la naturaleza de su temperamento y sobre todo por el enfrentamiento que sostenía con Marcy, reaccionó con uno más de sus exabruptos y puso la relación con México en condiciones “sumamente embarazosas”.⁹⁷ La respuesta iracunda del ministro debió fundarse, entre otras razones, en el hecho de que Washington había desatendido su demanda de retirar el apoyo a la dictadura para brindárselo a los liberales y, por encima de ello, había ignorado el viejo y preciado proyecto de recorrer una vez más hacia el sur los linderos del país.

Existía además otro elemento que ofrece también una idea del distanciamiento entre el plenipotenciario y el secretario de Estado: éste, no obstante las reiteradas peticiones de aquél en el sentido de retener el pago de los tres millones que restaban de la indemnización, había admitido los pagarés firmados por el gobierno santannista aunque, ciertamente, no hizo entrega del dinero a las casas Howland & Aspinwall y Hargous Brothers en ese momento⁹⁸ sino hasta el primer semestre de 1856, cuando Santa Anna ya no estaba en el poder. Llama la atención el hecho de que aquellas compañías recibieran el dinero entre febrero y abril, siendo que los trabajos de demarcación concluyeron hasta el 26 de junio, pues el acuerdo estipulaba claramente que la suma debía pagarse cuando dichos trabajos hubieran concluido.⁹⁹ No resulta aventurado pensar que las casas comerciales que debían recibir un porcentaje de aquel dinero hubiesen presionado para recibir su comisión. Existe otro antecedente que es curioso consignar. En marzo de 1855, Marcy, preocupado porque las labores de demarcación habían quedado paralizadas debido a que los comisionados mexicanos no recibían recursos económicos, sugirió que el tesoro norteamericano adelantara cien mil dólares a cuenta de los tres millones. El gesto insólito, por

⁹⁷ Expresión usada por el propio Marcy en sus instrucciones del 14 de marzo de 1855.

⁹⁸ El 24 de marzo Almonte informó a Marcy que el gobierno mexicano había girado dos libranzas contra la tesorería de los Estados Unidos con fecha 23 de febrero por \$ 375 000 cada una, a favor de Hargous Brothers de Nueva York, que se pagarían a su debido tiempo, según lo pactado en el artículo tercero del tratado del 30 de diciembre. Almonte a Marcy. Washington, 24 de marzo de 1855, en *Notes from the Mexican Legation...*, rollo 4, v. 7-8.

⁹⁹ La comisión mixta terminó su trabajo el 26 de junio de 1856. Luis G. Zorrilla, *Monumentación de la frontera norte en el siglo XIX*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1981 (Archivo Histórico Diplomático Mexicano, 5, cuarta época), p. 14.

decir lo menos, nos hace preguntarnos si no habría obedecido también a la presión de los especuladores.¹⁰⁰

El episodio con Gadsden debió traer a la memoria del secretario de Estado la cuestión cubana, los problemas con España y la actuación de Pierre Soulé, quien junto con Mason y Buchanan parece haber querido “saltarse las trancas” del esquema diseñado por Marcy. Todo este asunto se inserta, sin duda, en el proceso de cambio de la política exterior del presidente Pierce, forzado por el avance del Partido Republicano y su recelo hacia el expansionismo desbordado del Sur.

Por otra parte, en México, para los meses de abril y mayo, el avance revolucionario era muy desigual. Mientras en los departamentos de Guerrero y México no hubo mayores alteraciones, en Tehuantepec los insurrectos obligaron al gobierno a enviar más fuerzas y en Michoacán obtuvieron sonados triunfos. De tal manera Su Alteza Serenísimas se dirigió con lo más selecto de sus hombres a combatir a sus opositores en aquel departamento.¹⁰¹ El enfrentamiento con las fuerzas de Comonfort no llegó a verificarse pues éstas huyeron en diversas direcciones.¹⁰² El presidente regresó a la ciudad de México mientras el general Ramón Tabera derrotaba al rebelde Santos Degollado, lo que permitió al gobierno hablar de los triunfos de la campaña.¹⁰³

Todavía en este momento, Gadsden, exponente inequívoco del monroísmo, deseaba la incorporación de más territorio. Para ello acu-

¹⁰⁰ Marcy preguntó si Almonte asumiría la responsabilidad de aceptar que se entregaran los cien mil dólares a la comisión mexicana de límites. Marcy a Almonte. Washington, 20 de marzo de 1855, NAW, *Notes to foreign Legations...*, rollo 70. Almonte remitió la proposición a su gobierno, pero no accedió a tomar la responsabilidad pues carecía de facultades para ello. Almonte a Díez de Bonilla. Washington, 21 de marzo de 1855, en AHSREM, *AEMEUA* (correspondencia encuadrada), t. 11, correspondencia ordinaria n. 68. Más tarde, el comisionado no dejó de mantener informado a su gobierno sobre los progresos y las vicisitudes de los trabajos para delimitar la frontera. Entre éstas últimas, cabe citar el robo de las mulas de la comisión mexicana cerca del Paso del Norte y el arresto del comisionado Salazar Ylarregui por órdenes de Santa Anna hacia fines de mayo de 1855. Almonte a Díez de Bonilla. Washington, 1 de mayo, 5 y 16 de abril, 5 y 16 de junio de 1855, en AHSREM, *AEMEUA* (correspondencia encuadrada), t. 11, correspondencia ordinaria, n. 84, 75, 80, 128 y 130. Todavía a escasos días de su caída, Su Alteza Serenísimas aceptó el ofrecimiento de los \$ 100 000 para destinarlos a la comisión de límites mexicana. El dinero, según anunció el Departamento de Estado, se haría llegar a la citada comisión a través del mayor Emory, y no mediante una letra a nombre de Howland y Aspinwall, pues se pensó que ésta era la única forma segura y expedita de remitir y poner la suma en manos de la comisión. W. Hunter, secretario de Estado interino, a Almonte. Washington, 7 de agosto de 1855, en NAW, *Notes to...*, rollo 70. Almonte a Marcy. Washington, 2 de agosto de 1855, en NAW, *Notes from...*, rollo 4, v. 7-8.

¹⁰¹ Reseña política. México, 1 de mayo de 1855, en AHSREM, expediente 6-19-7 (III), f. 7.

¹⁰² Calcott, *op. cit.*, p. 312-313. Santa Anna, al saber que Comonfort había abandonado la población de Ario, desistió de perseguirlo. Zamacois, *op. cit.*, v. XIV, p. 39.

¹⁰³ Johnson, *op. cit.*, p. 59.

dió a todos los argumentos posibles.¹⁰⁴ Refirió que el ajuste de los asuntos pendientes con México planteaba una clara disyuntiva entre negociar la incorporación de tierras o la guerra; hizo énfasis en el inminente riesgo de que Santa Anna se aliara con las potencias europeas para establecer una monarquía que frenara el avance norteamericano en el continente.¹⁰⁵ Advirtió del peligro que esto implicaba para el equilibrio de poder en el hemisferio, donde aquellas naciones deseaban intervenir, y de la interferencia que suponía en la cuestión de la esclavitud en Cuba, asunto que —como se ha señalado con anterioridad— preocupaba sobremanera a expansionistas y esclavistas sureños de la índole de Gadsden.¹⁰⁶ Animó a su gobierno a impedir una alianza entre Europa y el régimen santannista antes de que terminara la guerra de Crimea y aquélla quedara en libertad de ocuparse de América.

Los argumentos de nuestro controvertido personaje eran, por decir lo menos, desiguales. Comprendían desde razones de la envergadura de los sistemas de equilibrio de poder internacional tanto en el hemisferio americano como en otras regiones, como el asunto de las reclamaciones, muchas de las cuales estaban viciadas por la demanda de indemnizaciones exageradas.¹⁰⁷ De cualquier manera, después de veinte meses de estar en el país, tras la negociación de un tratado de límites que fue radicalmente enmendado en Washington, y a más de un año del inicio de la revolución liberal cuyo exitoso fin no se cansaba de presagiar, el enviado de Washington no había abandonado su proyecto expansionista y porfiaba en él.

Las razones de Gadsden no carecían de sustento. Como vimos más arriba, el gobierno santannista efectivamente había contemplado desde un inicio la posibilidad de establecer una alianza con Inglaterra, Francia y España, y el hecho de que los norteamericanos se adueñaran de Cuba mediante pago o por la fuerza era un asunto que las potencias consideraban de gran importancia. *El Universal*, diario capitalino que expresaba oficiosamente las posturas de la cancillería, publicó en sus páginas:

El hecho de estar Cuba en poder de los Estados Unidos equivale a que tengan la puerta de nuestra nacionalidad, ellos que tanto ambicionan

¹⁰⁴ Gadsden a Marcy. México, 3 de abril de 1855, en NAW, *Despatches...*, rollo 20, v. 19.

¹⁰⁵ Gadsden señaló que aun después de derramar sangre y dinero se terminaría en la absorción de todo México. *Ibid.*

¹⁰⁶ Gadsden señaló a su gobierno que los argumentos en contra de la esclavitud parecían salidos de Londres. *Ibid.*

¹⁰⁷ Gadsden mismo admitía este último aspecto.

la posesión de nuestros fértiles territorios, como la de las feraces tierras de la opulenta Antilla...

Cuba es la llave del golfo mexicano, y su agregación a la república del Norte será un peligro inminente para la independencia de México: luego México no puede ver impasible las gestiones que con ese objeto se hagan.¹⁰⁸

El enfrentamiento entre Gadsden y el gobierno mexicano se recrudeció en forma creciente durante el segundo trimestre del año. El plenipotenciario se quejaba continuamente ante el Departamento de Estado. Señalaba que la dictadura pretendía obtener indemnizaciones exageradas por las depredaciones indias cometidas antes de la firma del Tratado de La Mesilla,¹⁰⁹ que sólo buscaban inculcar el odio hacia los Estados Unidos y sus instituciones;¹¹⁰ que los reclamos mexicanos por la ocupación de La Mesilla no eran sino un reflejo de la premura del gobierno por recibir el resto de la indemnización¹¹¹ y, en fin, sumaba una extensa lista de “injurias y molestias” perpetradas por las autoridades contra ciudadanos estadounidenses o denunciaba las “profanaciones al federalismo” norteamericano¹¹² hechas por Santa Anna, quien asoció a los Estados Unidos con “la federación de asesinatos y ladrones bajo el mando del bárbaro Álvarez quien lleva desolación y rapiña a los apartados departamentos de México”.¹¹³

¹⁰⁸ El artículo periodístico forma parte de los tres aparecidos en *El Universal* y que —de acuerdo con Gadsden— son fruto de la pluma de Díez de Bonilla. Anexos al despacho de Gadsden a Marcy. México, 3 de abril de 1855, en NAW, *Despatches...*, rollo 20, v. 19.

¹⁰⁹ Díez de Bonilla había enviado instrucciones a Almonte para que renovara las reclamaciones por los daños ocasionados por las depredaciones indias. La medida parecía ser una represalia por las demandas que, con frecuencia, presentaba Gadsden a la cancillería. Díez de Bonilla a Almonte. AHSREM, *AEMEUA*, Tratado de paz..., LE 1096 (II), despacho reservado n. 15, f. 386.

¹¹⁰ Gadsden afirmó que el gobierno santannista había destinado la indemnización para otros compromisos del gobierno y que ahora quería hacer aparecer ante sus ciudadanos, “en un acto de traición a su confianza, que sus reclamaciones por las depredaciones y pérdidas no habían sido incluidas en el tratado ratificado y que permanecían como un ultraje por parte de una República agresiva incapaz de respetar convenios sagrados”. Gadsden a Marcy. México, 17 de abril de 1857, en NAW, *Despatches...*, rollo 20, v. 19. La visión de Gadsden sobre el asunto resultaba un tanto sesgada puesto que una de las enmiendas de los senadores al tratado eliminó cualquier mención relativa a las reclamaciones. Garber, *op. cit.*, p. 131.

¹¹¹ Gadsden a Marcy. México, 17 de abril de 1855, en NAW, *Despatches...*, rollo 20, v. 19. Cabe señalar que, hasta el 7 de abril, el Departamento de Estado no había contestado la reclamación presentada por Almonte. Empero el 16 Marcy le comentó que las tropas ya habían sido retiradas. Almonte a Marcy. Washington, 7 de abril de 1855, en NAW, *Notes from...*, rollo 4, v. 7-8; Almonte a Díez de Bonilla. Washington, 16 de abril de 1855, en AHSREM, *AEMEUA* (correspondencia encuadernada), t. 12, despacho reservado n. 22.

¹¹² Entre las injurias, Gadsden citó el robo de la valija de correos y el decreto contra la libre expresión. Gadsden a Marcy. México, 17 de abril de 1855, en NAW, *Despatches...*, rollo 20, v. 19.

¹¹³ El entrecorrido es una cita textual del *Manifiesto* de Santa Anna. *Ibid.*

Las largas argumentaciones del ministro buscaban, como lo había venido haciendo desde hacía varios meses, persuadir a su administración del doblez de Bonilla,¹¹⁴ de ponerla sobre aviso de sus aviesas intenciones de contrapuntear a los Estados Unidos con España. Procuraba, también, justificar su actuación anterior, particularmente la singular medida que adoptó de cortar la relación sin interrumpir la comunicación con la cancillería.¹¹⁵ Buscaba advertir a Washington de las miras monarquistas de Santa Anna y justificar de esta manera el surgimiento de la revolución. Escribió:

Valiéndose del poder temporal que así acordó confiársele, [Santa Anna] pronto puso de manifiesto su propósito de perpetuar [el poder] a través del plan de Iguala y todos los arreglos diplomáticos de su Ministro [Díez de Bonilla] estuvieron encaminados a su consumación. Estas demostraciones hacia el absolutismo que olvidaban los compromisos [hechos] a un pueblo confiado originaron la Revolución...¹¹⁶

La oligarquía del dinero contra Gadsden

Para entonces, Gadsden tenía ya conocimiento de la campaña que habían desatado en su contra ciertos banqueros y especuladores, tanto mexicanos como norteamericanos, ávidos de medrar con el resto de la indemnización, a quienes él, igual que durante la negociación del tratado, había procurado cerrarles el paso. En efecto, dos personajes conocidos, Peter Hargous y Christopher Ward, habían señalado a Marcy que su ministro en México era una persona *non compos mentis*, es decir un demente, cuyos hábitos eran inconvenientes para un representante norteamericano.¹¹⁷

El secretario de Estado, a quien el asunto debió haberle caído como anillo al dedo, emprendió una investigación sobre la conducta personal del plenipotenciario. Éste, al descubrirla, no dejó de remitir la co-

¹¹⁴ Gadsden reprobó la actitud del canciller; quien expresaba su “solicita ansiedad por mantener las relaciones amistosas entre los dos países mientras usa de todas las ocasiones para expresar su animadversión en contra de los Estados Unidos y se inmiscuye en el asunto de la esclavitud con toda la acrimonia de los agitadores fanáticos sobre un tema que ha provocado tanta división y discordia en los Estados Unidos”. *Ibid.*

¹¹⁵ Gadsden escribió que esperaba que el presidente hubiera quedado complacido con “el curso seguido”. *Ibid.*

¹¹⁶ *Ibid.*

¹¹⁷ Garber, *op. cit.*, p. 154. Al hablar de la conducta inconveniente de Gadsden es muy probable que aludieran a su bien conocido alcoholismo. Gabriac a su gobierno. México, 12 de octubre de 1855, en Díaz, *Versión...*, v. 1, p. 209; Olliff, *op. cit.*, p. 48; Mauck, *op. cit.*, p. 191.

respondiente nota en donde expresó su estupor por la atención que Marcy había otorgado a los chismes insidiosos e infundados que lo llevaron a hacer indagaciones sobre su credibilidad.¹¹⁸ Evidentemente, el hecho fue asumido por Gadsden como una ofensa personal en respuesta a la cual presentó su renuncia,¹¹⁹ que sin embargo no fue aceptada. A pesar de las disculpas ofrecidas por Marcy, Gadsden nunca superó el incidente¹²⁰ y la relación entre el Departamento de Estado y la legación durante el resto de su permanencia en México se deterioró todavía más.

El asunto rebasaba sin duda el ámbito meramente personal. Se trataba de dos posiciones representativas de posturas políticas divergentes. La del plenipotenciario, expresamente anexionista, ligada con los proyectos de incorporar Cuba a la Unión Americana, partidaria de la esclavitud y de destrabar al Sur del vínculo con el Norte que, a los ojos tanto de Gadsden como de otros muchos sureños, resultaba opresivo. La de Marcy, quien sensible al peligro de ruptura que amagaba a su país se esforzó por impedirla mediante la implementación —o el soslayo— de medidas que exacerbaran los desacuerdos entre las regiones. Pero más allá de las razones de Estado la cuestión involucraba a sectores muy importantes e influyentes en el escenario estadounidense, y aun en el mexicano: los financieros y especuladores con quienes el ministro se había enfrentado desde el inicio de su gestión en México. Como en diciembre de 1853, en el primer semestre de 1854 y, ahora, en 1855, estos voraces personajes buscaban en ambos lados del Bravo participar de los dividendos de un negocio altamente lucrativo. Baste para corroborarlo el siguiente relato: a pesar de que los documentos oficiales afirmaban que el préstamo de los agiotistas a Santa Anna había sido hecho con un descuento del 5 %, W. G. Lettsom, ministro del gobierno británico, aseguró que un préstamo de \$650 000 había sido vendido por \$256 000, mientras que Gadsden declaró que algunas libranzas habían sido compradas al 50% de su valor y otras a no menos del 30% por debajo de su costo; aseguró también que los beneficios de los banqueros en la transacción habían ascendido a un millón de pesos.¹²¹ La

¹¹⁸ Gadsden a Marcy. México, 16 de abril de 1855, en *Marcy Papers*, v. 59, *apud*: Garber *op. cit.*, p. 154-155. Llama la atención el hecho de que la cuestión no se haya registrado en la documentación diplomática y sólo aparezca en el archivo del secretario de Estado.

¹¹⁹ Gadsden a Marcy. México, 18 de abril de 1855, *ibid.*, *apud*: Garber, *op. cit.*, p. 155.

¹²⁰ Gadsden a Marcy. México, 19 de junio de 1855, *ibid.*, v. 61, *apud*: Garber, *op. cit.*, p. 155.

¹²¹ Lettsom a Clarendon, México, 2 de agosto de 1855, en F O/50, v. 279, despacho n. 46, *apud*: Garber, *op. cit.*, p. 155-156; Gadsden a Marcy. México, 5 de junio de 1855, en NAW, *Despatches...*, rollo 20, v. 19, privado. Cabe señalar que el pago de las libranzas enfrentó la oposición de algunos comerciantes de Nueva York como Lobach y Scheplen, quienes aconse-

disputa entre éstos y Gadsden no paró ahí; poco más adelante surgió de nueva cuenta.¹²²

“Deponer al tirano usurpador...”

Mientras proseguían las fricciones entre el representante de Washington y el gobierno santannista, las quejas de aquél se volvieron reiteradas; no cesaban los irritantes motivos de desacuerdo. En un gesto inusitado, Gadsden se dirigió directamente al presidente Pierce; le reiteró los argumentos que en incontables ocasiones había esgrimido ante el Departamento de Estado y le pidió abiertamente deponer al “tirano usurpador”. Acompañó su breve carta con tres notas periodísticas aparecidas en *El Universal* donde se trataban los planes norteamericanos en Cuba, se hablaba de la vecindad de México con una nación rica y poderosa “por la que han pasado y de donde ha venido todo lo malo que nos ha sucedido a nosotros”, señalándose que el Partido Conservador debía poner un valladar a las ambiciones norteamericanas.¹²³

La nota de Gadsden, al parecer, no obtuvo respuesta del presidente. Al menos ésta no aparece en la correspondencia de la legación. Empero, no hay duda de que las diferencias entre México y Washington daban lugar a ríspidas comunicaciones entre ambos. La ocupación de La Mesilla ocasionó muchas de éstas a lo largo de mayo. No era, desde luego, la primera vez que se abordaba el asunto, pero en esta ocasión las posturas del Departamento de Estado y de la legación mexicana mostraron un endurecimiento notable. Es posible que la penuria del erario que había movido a Santa Anna a suspender todos los pagos, incluidos los de la deuda convenionada con Gran Bretaña, Francia y España,¹²⁴ haya motivado las notas de Almonte a Marcy.¹²⁵ En esta ocasión, el Departamento de Estado justificó plenamente la ocupación de La Mesilla, que —dijo— “es concebido como parte del territorio recién adquirido sobre el cual no puede haber disputa alguna y cuyo título le fue investido a los Estados Unidos en el momento en que el tratado fue ratificado por ambas partes e intercambiadas las ratifica-

jaron a Marcy emplear los disputados tres millones en indemnizar a los estadounidenses dueños de reclamaciones contra los indios. Garber, *op. cit.*, p. 156.

¹²² *Vid. infra*, p. 255-256 (hacia el 11 de julio de 1855).

¹²³ Gadsden a Pierce. México, 5 de mayo de 1855, en NAW, *Despatches...*, rollo 20, v. 19. Las notas periodísticas carecen de fecha y vienen anexas a este despacho.

¹²⁴ *Ibid.*

¹²⁵ Almonte se dirigió al Departamento de Estado los días 10, 17 y 30 de mayo y obtuvo respuesta el 14 y el 22.

ciones”.¹²⁶ La diferencia giró en torno a la interpretación del primer artículo del tratado que estipulaba que la línea divisoria definitiva sería establecida “por lo que convengan los comisarios, reputándose su conformidad en este punto como decisiva y parte integrante del referido tratado”.¹²⁷ Marcy aseveró que su gobierno había permitido que México mantuviera su jurisdicción sobre la región que “había [sido] claramente transferida[,] con el fin de evitar excesos de hombres sin escrúpulos de ambos lados de la frontera y con el propósito de desalentar aventuras ilegales y especulación con tierras hasta que el cambio se hiciera en forma gradual y cuidada”.¹²⁸

Almonte se ufano de haber obtenido las disculpas del secretario por dicha ocupación. Efectivamente, las fuerzas del general Garland, que desde el 16 de noviembre ocupaban el Valle de La Mesilla, fueron retiradas.¹²⁹

Asimismo, el asunto del bloqueo de Acapulco siguió generando notas de protesta por parte de la legación mexicana y las respectivas respuestas del secretario de Estado.¹³⁰ Éste planteó abiertamente su postura al respecto. Dijo que de acuerdo con las leyes reconocidas por Estados Unidos las naves que se dirigieran a puertos insurrectos o entraran en ellos con fines comerciales no podían ser sujetos de castigo. Admitió el derecho de los países en guerra civil a mantener un bloqueo y a castigar a aquellos que violaran el cierre. Pero un bloqueo sólo se consideraría como tal cuando hubiera una fuerza naval capaz de sostenerlo y no se hiciera solamente por decreto.¹³¹ En resumen, la postura de Washington era la misma sostenida por su ministro en México.

El régimen de Santa Anna no dejó de considerar a Gadsden como un obstáculo importante para el entendimiento con Estados Unidos e insistió en que fuera destituido.¹³² Almonte atendió las instrucciones

¹²⁶ Marcy a Almonte. Washington, 14 de mayo de 1855, en NAW, *Notes to...*, rollo 70.

¹²⁷ Almonte a Marcy. Washington, 17 de mayo de 1855, en NAW, *Notes from...*, rollo 4, v. 7-8. Almonte a Díez de Bonilla. Washington, 18 de mayo de 1855, en AHSREM, *AEMEUA* (correspondencia encuadrada), t. 11, correspondencia ordinaria n. 114.

¹²⁸ Marcy a Almonte. Washington, 22 de mayo de 1855, en NAW, *Notes to...*, rollo 70.

¹²⁹ Todavía Almonte escribió una nota señalando que veía con pesar la insistencia del secretario de Estado en justificar la conducta de Garland. Almonte a Marcy, Washington, 30 de mayo de 1855, en NAW, *Notes to...*, rollo 4, v. 7-8.

¹³⁰ Almonte a Marcy. Washington, 10 y 16 de mayo de 1855, en NAW, *Notes from...*, rollo 4, v. 8.

¹³¹ Marcy a Almonte. Washington, 14 de mayo de 1855, en NAW, *Notes to...*, rollo 70.

¹³² La cancillería envió instrucciones relativas al asunto el 18 de abril de 1855 de las que Almonte acusó recibo el 3 de mayo. Almonte a Díez de Bonilla. Washington, 3 de mayo de 1855, en AHSREM, *AEMEUA* (correspondencia encuadrada), t. 11, correspondencia ordinaria, n. 98.

que le fueron giradas pero se mostró escéptico sobre los resultados. Advirtió que el gobierno de Washington posiblemente no daría respuesta a la petición, pues no deseaba comprometerse con el Partido Demócrata.¹³³

Para entonces la relación entre el gobierno de México y el indeseable plenipotenciario había dejado de ser incómoda para volverse francamente insoportable. Gadsden denunció que su correspondencia con la cancillería se había vuelto tan hostil que en lugar de suavizar las asperezas y resolver los problemas sólo ampliaba la brecha entre los dos gobiernos y —sentenció— pronto los llevaría a un conflicto abierto, a menos que los Estados Unidos hicieran una demostración para respaldarlo.¹³⁴ El representante no dejó de lanzar furibundas críticas contra el gobierno mexicano. Dijo que Estados Unidos no podía tratar confiadamente con Santa Anna y su canciller en términos de igualdad y justicia, que sólo podían comprarlos; que ambos tenían en común un instinto para despojar a otros e imponerles “exacciones extravagantes y onerosas”, que eran una oligarquía del dinero usurpadora que “bajo la forma de organizaciones civiles legalizaban la rapiña y el despojo”. Es posible que muchos de estos juicios no se alejaran mucho de la verdad, pero también es cierto que algunos norteamericanos, incluido el propio Gadsden, habían hecho posible tal situación al buscar o prestarse a la negociación, a la rapiña y al despojo.

El plenipotenciario repitió su recomendación de desconocer a Su Alteza Serenísima pues consideró una deuda de los Estados Unidos con la humanidad y la civilización el rescatar a México de un gobierno bárbaro que usurpaba el poder. Insistió, como en tantas ocasiones anteriores, que estaban confirmadas sus sospechas acerca de una alianza con Gran Bretaña, Francia y España.¹³⁵ El enviado hizo estas observaciones con el propósito de azuzar la intervención de su gobierno más que de informar verazmente, pues, si antes las monarquías no habían concretado la alianza con el régimen, en ese momento en que las con-

¹³³ Como en otras ocasiones, Almonte relató a su gobierno las noticias relacionadas con la cuestión. Dijo que le habían asegurado que hacia fines de junio, cuando entrara en práctica la nueva ley que aumentaba el sueldo de los ministros, se acordaría el relevo de Gadsden, con lo que no habría necesidad de ponerle el pasaporte en la mano. Almonte a Díez de Bonilla. Washington, 19 de mayo de 1855, en AHSREM, *AEMEUA* (correspondencia encuadrada), t. 11, correspondencia ordinaria, n. 111. Relató también que un miembro del cuerpo diplomático le dijo que Washington no deseaba sostener a Gadsden en México, pero que tampoco quería comprometerse con ningún partido de la oposición. Almonte a Díez de Bonilla. Washington, 1 de junio de 1855, *ibid.*, t. 12, despacho reservado n. 24.

¹³⁴ Gadsden a Marcy. México, 18 de mayo de 1855, en NAW, *Despatches...*, rollo 20, v. 19.

¹³⁵ *Ibid.*

diciones presagiaban lo peor menos dispuestas estaban aún a comprometerse por el futuro de Santa Anna.

Gadsden planteó la conveniencia de anunciar el establecimiento de un protectorado norteamericano sobre México,¹³⁶ ya que su sola mención permitiría concretar los propósitos de Estados Unidos sin disparar un solo tiro —hablaba seguramente de deponer a Santa Anna—, pues estaba “seguro” de que los liberales y la masa del pueblo tenían una disposición “de lo más favorable” hacia su país.¹³⁷ La afirmación resultaba, por decir lo menos, exagerada, pues es difícil pensar que la memoria de la reciente guerra hubiera dejado a los mexicanos tan bien dispuestos a someterse a un protectorado. Para no alterar su costumbre, el ministro acompañó su comunicación con recortes de *El Universal* donde se equiparaba el peligro ruso en Europa con el estadounidense sobre México y se señalaban los preparativos de una expedición pirática de Estados Unidos contra Cuba.¹³⁸

Las últimas batallas de la dictadura

El movimiento encabezado por Santiago Vidaurri en el norte del país constituyó un duro golpe para el gobierno santannista. Vidaurri aprovechó la caótica situación imperante para deponer a la autoridad conservadora de Nuevo León, el general Gerónimo Cárdenas.¹³⁹ El 11 de mayo, junto con Juan Zuazua, su brillante estratega militar, se pronunció en la villa de Lampazos; el 23, armado y pertrechado gracias, en parte, a los buenos oficios de José María Carbajal,¹⁴⁰ tomó Monterrey; y el día 25 —en que Tamaulipas se sumó a la sublevación— proclamó el Plan Restaurador de la Libertad, también conocido como Plan de

¹³⁶ Este proyecto luego habría de desatar una aguda controversia.

¹³⁷ Gadsden a Marcy. México, 18 de mayo de 1855, en NAW, *Despatches...*, rollo 20, v. 19.

¹³⁸ *Ibid.*

¹³⁹ Tyler, *Santiago Vidaurri and the Southern Confederacy*, Texas, Texas State Historical Association, 1973, p. 18.

¹⁴⁰ Recuérdese el papel desempeñado por Carbajal en la región nororiental de México. La legación mexicana en Washington informó al Departamento de Estado sobre los preparativos que éste y otros aventureros reunidos en un rancho cercano a Brownsville hacían para invadir el territorio mexicano. Pidió que Marcy informara al presidente y que se solicitara a la comandancia general de Texas ejercer estrecha vigilancia e impedir cualquier posible incursión. Almonte a Marcy. Washington, 22 de junio de 1855, en NAW, *Notes from...*, rollo 4, v. 7-8. Cabe señalar que Vidaurri, al igual que los jefes de tropas tamaulipecas como Juan José de la Garza y Felipe García, utilizó la línea del Bravo para abastecerse con los comerciantes texanos. Después de la toma de Monterrey, procuró aprovisionarse por sus propios medios, temeroso de los problemas que pudiera crearle el oportunista Carbajal. Cerutti, “Guerra...”, p. 226; Tyler, *op. cit.*, p. 20; Johnson, *The Mexican...*, p. 60.

Lampazos.¹⁴¹ Éste nombraba a Vidaurri comandante supremo en Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas, entidades que reasumían su soberanía mientras un congreso nacional establecía el sistema federal y decidía la forma de gobierno que adoptara la república.¹⁴² El movimiento significó una ruptura entre los insurgentes, pues, no obstante comulgar con los principios del Plan de Ayutla, Vidaurri hizo énfasis en que el suyo era un movimiento independiente que esperaba extenderse a todos los estados.¹⁴³

El régimen respondió desesperado. Las autoridades de Tamaulipas decretaron el estado de sitio y Santa Anna ordenó al gobernador tamaulipeco, Adrián Woll, atacar Monterrey. Se expidieron instrucciones de preparar todos los barcos de la armada para llevar tropas al norte y de conseguir \$50 000 para pagar a la tropa. Empero, resultó imposible concentrar las embarcaciones necesarias y fue preciso que los refuerzos al mando del general Francisco Gütán se trasladaran por tierra. Hacia fines de junio, cuando éste se dirigía a Monterrey, los rebeldes ocupaban ya Nuevo León, la mayor parte de Tamaulipas y la ciudad de Saltillo.¹⁴⁴ Para esas fechas, varios liberales exiliados, entre ellos Melchor Ocampo, José María Mata y Ponciano Arriaga, habían cruzado la frontera hacia Tamaulipas para sumarse al movimiento.¹⁴⁵ El fin de la dictadura parecía cercano; Santa Anna necesitaba mantener leales a Puebla y Veracruz, por donde cruzaba el camino del exilio.¹⁴⁶

La noticia de una sublevación en Orizaba, encabezada por Ignacio de la Llave, movió al dictador a escalonar fuerzas en aquel departamento. Las murmuraciones sobre su intención de ponerse a salvo no pudieron ser detenidas ni con las amenazas lanzadas en contra de sus propagadores.¹⁴⁷ El ministro norteamericano afirmó que en ese momento se tenía la certeza de que Santa Anna abandonaría sus intentos

¹⁴¹ El gobernador Cardona se vio imposibilitado para frenar a las fuerzas rebeldes ya que no podía esperar refuerzos de Santa Anna. *Ibid.*, p. 18-19.

¹⁴² El artículo segundo otorgaba a Vidaurri el mando político y militar como jefe de las fuerzas libertadoras, en tanto se consumaba en los tres estados de oriente —Tamaulipas, Coahuila y Nuevo León— el movimiento iniciado en Lampazos. El tercero señalaba que Vidaurri nombraría a un consejo de cinco personas que ejercerían la función ejecutiva. Se estipuló también que cada estado mantendría su soberanía, descentralizando así al gobierno federal. Asimismo, la milicia sería controlada en forma local con el propósito de evitar que el gobierno federal gozara de un poder excesivo. Zamacois, *op. cit.*, v. XIV, p. 40-41; Tyler, *op. cit.*, p. 19.

¹⁴³ *Ibid.*, p. 19; Johnson, *op. cit.*, p. 100.

¹⁴⁴ *Ibid.*, p. 60.

¹⁴⁵ En el grupo se contaban también Manuel Cepeda Peraza, José Guadalupe Montenegro, José Dolores Zetina y Esteban Calderón. Case, *op. cit.*, p. 419.

¹⁴⁶ Calcott, *op. cit.*, p. 313.

¹⁴⁷ Zamacois, *op. cit.*, v. XIV, p. 49.

de someter a la revolución, y que los boletines de las victorias y de las “mal nombradas campañas habían sido falsificaciones hechas en palacio para mantener sometida a la capital”.¹⁴⁸ Ciertamente, las afirmaciones del plenipotenciario tenían una buena dosis de verdad. Como ejemplo basta citar que justamente por esos días en que el norte se había sumado al movimiento y Veracruz parecía dispuesto a hacer lo propio la reseña política de Díez de Bonilla no hacía sino hablar de las victorias de las fuerzas regulares.¹⁴⁹ Además, los pronunciamientos se habían extendido de Sierra Gorda a San Luis Potosí, de Tehuacán a Oaxaca y desde Autlán al resto de Jalisco, de tal manera que hacia mediados del año no había un solo departamento donde la oposición a la dictadura no se hubiese expresado.¹⁵⁰

Aparte de asegurar el camino de salida, Su Alteza Serenísimas, presionado por los conservadores que le demandaban cumplir la promesa hecha con anterioridad de reunir el Consejo de Estado, lo convocó para consultarle sobre la oportunidad de expedir un Estatuto Orgánico y acerca de cómo constituir a la nación.¹⁵¹ La respuesta fue que ésta debía ser una república representativa centralista y que el estatuto tenía que contener las garantías de los habitantes.¹⁵² Al parecer, la recomendación del Consejo de Estado no fue bien acogida por los santannistas, quienes se opusieron a limitar las facultades del presidente al considerarlas indispensables para ponerle fin a la revolución.¹⁵³ La prensa oficial dio muestras de su repudio y el gobierno no emprendió acción alguna que hablara de su disposición a acatar la sugerencia.¹⁵⁴

Gadsden no había dejado de pintar con sombríos matices la situación del país. Describió la triste situación de Santa Anna, abandonada

¹⁴⁸ Gadsden a Marcy. México, NAW, *Despatches...*, rollo 20, v. 19.

¹⁴⁹ Reseña política. México, 12 de junio de 1855, AHSREM, expediente 6-19-7 (II y III), f. 10 en expediente II.

¹⁵⁰ Olavarría Ferrari, *op. cit.*, v. II, t. IV, p. 358.

¹⁵¹ La promesa había sido expresada en el *Manifiesto a la nación* del 2 de febrero de 1855. Zamacois, *op. cit.*, v. XIV, p. 41-42; Vázquez Mantecón, *op. cit.*, p. 59. El consejo fue convocado el 22 de junio de 1855; ahí los consejeros Bernardo Couto, José María Godoy, Martín Carrera y Manuel Gorozpe opinaron que la constitución debía ser elaborada por Santa Anna, con la asistencia de concedores. *Ibid.*, p. 67.

¹⁵² Zamacois, *op. cit.*, v. XIV, p. 44-45.

¹⁵³ Vázquez Mantecón, *op. cit.*, p. 60.

¹⁵⁴ La reseña política oficial emitida por el Ministerio de Relaciones se refirió a la convocatoria al consejo como un paso “leal” y “espontáneo” de Su Alteza Serenísimas movido sólo por su deseo “de verse libre de la inmensa responsabilidad que sobre sí tiene y de los sinsabores y fatigas consiguientes a las facultades amplísimas que la Nación la ha conferido”. Habló de que esto había sido interpretado como una debilidad de la autoridad por algunos revoltosos que promovieron “pequeños motines” que habían sido “inmediatamente sofocados”. Manuel Díez de Bonilla. Reseña Política, México, 1 de agosto de 1855, en AHSREM, expediente 6-19-7 (II y III), f. 17 en expediente II. Johnson, *op. cit.*, p. 63-64.

do por todos, solo, sin apoyo alguno y preparando su partida. Para ello —dijo— había nombrado ministro plenipotenciario en Washington a Luis Vidal y Rivas, esposo de su madre política, quien se encargaría de llevarse a la familia del dictador y \$30 000 pesos para suplir sus gastos.¹⁵⁵

El ministro habló del inminente triunfo de los liberales que, al restaurarse en el poder, nulificarían las gestiones de la administración anterior, entre las cuales —amenazó— podría incluirse el Tratado de La Mesilla. Señaló también que los federalistas habían manifestado su oposición a la venta de cualquier territorio por Santa Anna y que habían asegurado que exigirían el pago de los famosos tres millones cuando triunfaran. Éstos eran, para Gadsden, argumentos suficientemente convincentes como para persuadir a su gobierno de vetar la entrega del resto de la indemnización, que se destinaría al pago de las propias reclamaciones norteamericanas.¹⁵⁶ Asimismo, trató de convencer a Washington de apoyar al “gobierno legítimo y no al usurpador” y de intervenir en favor “de aquellos que tienen nuestra simpatía: que representarán a la nación y cuyos intereses y avance estarán en armonía con los nuestros”.¹⁵⁷ Anunció que cuando los federalistas estuvieran en el poder, los Estados Unidos podrían abrigar esperanzas de tener un comercio libre y amplias perspectivas para las empresas comerciales, se apaciguarían los desacuerdos fronterizos y —escribió sorprendentemente— “con ello se evitaría la necesidad de anexión [de territorios]”, pues había entre la población mexicana elementos más difíciles de manejar que los esclavos. Reiteró al presidente la recomendación de romper toda relación con Santa Anna y renovarla sólo con el gobierno legítimo.¹⁵⁸

Sin duda Gadsden había decidido, frente a un horizonte más promisorio para sus expectativas, cambiar de argumentos ante su propio gobierno, ponderando las bondades que traería para el comercio norteamericano la llegada de los liberales al poder, mostrándose a sí mismo como un expansionista remiso que abjuraba de su credo

¹⁵⁵ Vidal, según Gadsden, iría a Washington con la esperanza de no ser recibido, con lo que podría escapar de la acusación de despojo; para entonces probablemente el gobierno de Santa Anna ya habría caído. Relató que algo semejante sucedía con el hijo de Díez de Bonilla, quien había sido enviado a la legación mexicana en Roma. Gadsden a Marcy. México 4 de junio de 1855, en NAW, *Despatches...*, rollo 20, v. 19.

¹⁵⁶ A pesar de la contradicción que implicaban, pues por un lado los liberales —según la versión de Gadsden— se disponían a desconocer el Tratado de La Mesilla y por el otro se aprestaban a exigir el pago correspondiente.

¹⁵⁷ Gadsden a Marcy. México 4 de junio de 1855, en NAW, *Despatches...*, rollo 20, v. 19.

¹⁵⁸ *Ibid.*

anexionista. Incluso aderezó sus argumentos con el de la dificultad que implicaría absorber a ciertos elementos de la sociedad mexicana. ¡Curioso descubrimiento a esas alturas! Y curioso también el cambio de postura del ahora defensor del antianexionismo. Empero, su nueva posición no habría de durar mucho tiempo.¹⁵⁹

Ante la debacle de la dictadura

Al tiempo que Almonte pedía por enésima vez la remoción de Gadsden, Santa Anna comenzó a temer por su propia seguridad. Hizo venir tropas de Michoacán y reforzó puntos cruciales en el camino a Veracruz. Se debatía entre dos posibilidades: huir o hacer un último intento de batir a sus enemigos. A la primera se oponían sus ministros; la segunda era imposible dada la falta de recursos.¹⁶⁰ La victoria de Vidaurri en Saltillo y las de Comonfort en Zapotitlán y Colima debieron hacerle ver que no había más alternativa que la huida.¹⁶¹

Las desventuras de Su Alteza Serenísima no despertaron la misericordia del plenipotenciario de Washington. Sus comunicaciones con el Departamento de Estado continuaron repitiendo los mismos argumentos que se encuentran en una gran parte de sus despachos: que el gobierno de México no atendía las justas quejas de la legación; que las sinceras declaraciones norteamericanas de amistad enfrentaban las acusaciones de que los Estados Unidos solapaban el filibusterismo enlazado con insurgentes traidores; que el régimen usurpador había sometido a ciudadanos norteamericanos a “atroces y ofensivas restricciones comerciales”; que Santa Anna había pasado por alto el Tratado de La Mesilla al revivir las reclamaciones por depredaciones indias. Todas éstas, más que lamentaciones, se habían convertido en argumentos para sustentar una decisión que el ministro adoptó al percibir la debilidad extrema del régimen: la ruptura de relaciones. Ésta fue justificada en los siguientes términos:

Encontrando que ninguna queja por justa que fuera y ninguna amonestación por graves injusticias [cometidas] a personas y propiedades podía demandar respeto; ni arrancar manifestación alguna o disposición a reconocer, enmienda o conciliación, sentí la imperativa obligación de interrumpir toda relación diplomática con este gobierno hasta

¹⁵⁹ *Vid. infra*, “Anexionismo o antianexionismo, una difícil disyuntiva”.

¹⁶⁰ Johnson, *op. cit.*, p. 61.

¹⁶¹ Zamacois, *op. cit.*, v. XIV, p. 46-47.

despertar un sentido apropiado de justicia y [de respeto] a las estipulaciones de tratados... antes de que el Presidente de los Estados Unidos disuelva toda relación con el gobierno de Santa Anna quien en la brutal conducta de las ejecuciones militares de su propio pueblo [que se encuentra] en una justa lucha por la restauración del gobierno de sí mismo que él ha eclipsado, y a quienes en sus intentos de imponer a los ciudadanos de los Estados Unidos las mismas impías penas que inflige a los mexicanos indefensos, como asociados de estos Insurgentes denunciados se ha lanzado más allá del círculo de los gobernantes civilizados, y no debe ser reconocido por más tiempo como el gobierno de México, sino como un usurpador militar y un bandido alojado en el suelo de los Aztecas.¹⁶²

Ciertamente me siento mortificado de que nuestra ilustrada federación continúe reconociendo al usurpador militar como gobierno mexicano *de facto*; y me siento sensiblemente degradado de ser el enviado acreditado y el ministro ante tan bárbara usurpación.

La posición de Gadsden era meridianamente clara. No estaba dispuesto a que su gobierno continuara reconociendo a un usurpador que no atendía los justos reclamos presentados y ultrajaba tanto a los residentes norteamericanos en México como a los mexicanos que buscaban con razón darse un gobierno propio. Lo que no resultaba tan claro era que muchas de esas “justas reclamaciones” fueran improcedentes o pretendiesen indemnizaciones exageradas, como él mismo había reconocido; que ése al que nombraba “gobierno usurpador” había llegado al poder llamado por los diferentes sectores del país (a excepción de los moderados) que creían necesitar una dictadura ilustrada, es decir, un Poder Ejecutivo fuerte;¹⁶³ que el régimen con el que era imposible llegar a acuerdo alguno hubiese firmado con el propio Gadsden el tratado que luego el Senado norteamericano “mutiló”. Más oscuro era aún quién había otorgado al ministro la potestad para definir cuál era y cuál no un gobierno civilizado.

El colofón de todas estas argumentaciones no podía ser otro. A lo largo de su gestión Gadsden no había dejado de advertir a su ministro los peligros que representaría una alianza entre Santa Anna y las potencias europeas. Muy cerca del fin de la dictadura Gadsden urgió a su gobierno, por enésima ocasión, a apoyar a los liberales. La demanda se

¹⁶² Gadsden a Marcy. México, 3 de julio de 1855, en NAW, *Despatches...*, rollo 20, v. 19.

¹⁶³ González Navarro, *op. cit.*, p. 440. Según *Le Trait d'Union*, “mexicanos y extranjeros verían con satisfacción el regreso de Santa Anna no porque éste fuera irreprochable, sino porque se había comprobado la imposibilidad de encontrar a alguien mejor que él”. *Le Trait d'Union*, México, 19 de febrero de 1853, *ibid.*

presentó con evidente apremio en una comunicación privada que envió a través de un tal William H. Thompson. La nota hablaba también de “conspiraciones” por parte de las potencias occidentales en cooperación con el nuncio papal para ayudar al gobierno santannista a deshacerse de los liberales y regresar al absolutismo. La ayuda, pues, debía brindársele a los liberales, a Comonfort más precisamente, pues, dijo: “Si nosotros declinamos apoyarlo o patrocinarlo, [que es] lo que él prefiere, podría verse empujado hacia las garras de los designios europeos, contrarios a [Norte]América.”¹⁶⁴

La nota delató un supuesto tratado de alianza en el que el ministro de Hacienda mexicano se comprometía a poner a disposición 75 000 hombres e Inglaterra una flota. Agregó que una división marítima del Báltico, con una adecuada fuerza terrestre, se disponía a partir rumbo a las Indias Occidentales; que la bahía de Samaná y San Juan de Ulúa serían ocupadas de concretarse el acuerdo. “Se requiere de toda la vigilancia y sagacidad de esta legación para [frenar] a estos enemigos europeos y sus proyectos” escribió Gadsden en una nota cuya caligrafía y sintaxis son particularmente deplorables, y que parece haber sido escrita en medio de un gran nerviosismo.¹⁶⁵ No es fácil valorar si la información del ministro era verídica. Los despachos del plenipotenciario francés, aunque hablaban de la difícil situación de México, nada dicen al respecto.¹⁶⁶ Empero, es difícil pensar que los británicos, que siempre se rehusaron a intervenir, desearan hacerlo en ese delicado momento; el posible arribo de los liberales al poder no parece haber sido una razón de suficiente peso. Es más lógico pensar que se trataba de una maquinación del ministro para obtener de su gobierno el deseado auxilio para los revolucionarios o una buena justificación para la medida extrema que acababa de tomar respecto del gobierno santannista.

La ruptura de relaciones provocó, desde luego, un enorme efecto en el régimen. Suscitó también un episodio que pinta a cabalidad los juegos de la política santannista. Vale la pena relatarlo, aun cuando para ello sólo contemos con la versión del ministro norteamericano.

Gadsden refirió a su gobierno que “después de que fue obligado a suspender relaciones” circuló el rumor de que todo se debía a diferencias personales entre él y Díez de Bonilla. Santa Anna informó que

¹⁶⁴ Gadsden a Marcy. México, 3 de julio de 1855, en NAW, *Despatches...*, rollo 20, v. 19 (privada).

¹⁶⁵ *Ibid.*

¹⁶⁶ Según Gabriac, el problema de Francia radicaba en saber qué medios emplear para que, “sin comprometer” su política en América, pudieran preservarse su “influencia... intereses comerciales y marítimos”. Gabriac a su gobierno. México, 6 de julio de 1855, en Díaz, *Versión...*, v. I, p. 189-190.

había sido engañado sobre estos asuntos y buscó una entrevista privada para resolver los problemas. En ella hizo profesión de amistad y expresó su pesar por las diferencias entre el ministro y el canciller, así como por la medida recién adoptada, y se ofreció de mediador.

El norteamericano no admitió que los problemas fuesen de tipo personal; sólo reconoció los de carácter público y puso en manos del dictador la primera carta en que Díez de Bonilla pidió la destitución de Gadsden¹⁶⁷ y otra más.¹⁶⁸ Santa Anna se mostró atónito con la segunda y dijo desconocer la primera, que —aseguró— había sido escrita sin su consentimiento. Añadió que el nuevo ministro en Washington recibiría instrucciones de retirar la primera nota y el canciller haría lo propio con la segunda en una entrevista que tendría lugar ante su presencia.

Cuando ésta se efectuó, Bonilla se rehusó a hacerlo y aseveró que la comunicación había sido escrita por órdenes de Santa Anna a quien le fue leída, afirmación que desde luego se contraponía con la impresión que Su Alteza Serenísima le había transmitido en el primer encuentro. Empero —aseguró el norteamericano— antes de que concluyera esta reunión ya se había difundido la versión de que se había llegado a un arreglo, pues la gente mostraba una gran ansiedad ante la posibilidad de un conflicto entre las dos naciones. También se murmuró que dos banqueros (¿Howland y Hargous?) recaudarían los impuestos a cambio de un préstamo de dos millones.¹⁶⁹ Se dijo, asimismo, que el representante norteamericano no tenía autoridad para negociar y que Pierce no estaba satisfecho con su gestión.¹⁷⁰ En una nueva entrevista, Gadsden y Bonilla discutieron sobre los derechos de los ciudadanos estadounidenses, la violación al bloqueo y otros asuntos, sin arribar jamás a arreglo alguno. Su Alteza Serenísima sugirió entonces el retiro de ambas cartas, la del canciller y la Gadsden rompiendo relaciones, a lo que éste se opuso. Finalmente, ante la invitación del gobierno mexicano de buscar un acuerdo, el ministro, escéptico, accedió, sólo para cumplir con lo estipulado en el tratado y para probar a su gobierno la “cortesía” y el apego a la ley con que actuaba la legación. Empero, reiteró que una relación armoniosa con Santa Anna y Díez de Bonilla era imposible, pues éstos sólo respetaban la bolsa o la espada. Añadió

¹⁶⁷ *Vid. supra*, p. 193.

¹⁶⁸ Gadsden sólo señala que esta segunda fue escrita después de la ruptura de relaciones pero no precisa la fecha. Gadsden a Marcy. México, 11 de julio de 1855, en NAW, *Despatches...*, rollo 20, v. 19.

¹⁶⁹ Gadsden deja ver que todos esos rumores eran auspiciados por la cancillería mexicana. *Ibid.*

¹⁷⁰ Gadsden sugirió siempre que ese tipo de rumores salía de la cancillería.

que él había tratado de usar la primera, pero que el “apetito insaciable” del dictador y los “hambrientos ladrones que se combinaban con él para humillar, abusar y saquear a este país y con ello a los Estados Unidos, ameritan una censura más severa para asegurar la justicia...”¹⁷¹

En este relato de una víctima y sus victimarios es difícil no sentir simpatía por el primero y absoluto repudio por los segundos. Ése era seguramente el efecto que el ministro buscaba crear en Washington para convencerlo de la inutilidad de continuar la relación con Santa Anna. Asimismo, recuerda los procedimientos artificiosos que solían emplear el dictador y su canciller, lo que permite creer que al menos una parte del relato era verídica.

Anexionismo o antianexionismo, una difícil disyuntiva

Gadsden tenía también mucha cola que le pisaran y no se quedaba atrás en cuanto a políticas retorcidas. Un ejemplo claro de ello lo encontramos en su oscilante postura respecto de la anexión de más tierras mexicanas. Hemos visto cómo a lo largo de su misión en México mostró siempre un manifiesto apetito anexionista que se transformó de súbito en una férrea posición antiexpansionista cuando advirtió que la debacle del régimen dictatorial estaba próxima. En este momento su postura parece haber obedecido al afán de precipitar el fin del santannismo; la negativa a adquirir más territorios significaba impedir la llegada de nuevos recursos a las arcas gubernamentales e implicaba, por tanto, acelerar el triunfo de los insurrectos.

Pero el antianexionismo de Gadsden pronto mostró ser muy efímero. Inmediatamente después de señalar la inconveniencia de adquirir más territorio realizó una complicada maniobra que nada tenía que envidiar a las del canciller mexicano. Escribió al Departamento de Estado sobre la oposición de los liberales a la venta de cualquier otra porción de suelo nacional. Afirmó que los exiliados en Nueva Orleans sostenían la misma posición. Que Álvarez, en una entrevista reciente con el cónsul norteamericano en Acapulco, se había quejado de que Gadsden estaba en tratos para comprar Sonora.¹⁷² E hizo énfasis en el desacuerdo de los “líderes federalistas” con otra mutilación territorial, si bien recalcó su anuencia a establecer un “comercio libre e

¹⁷¹ *Ibid.*

¹⁷² Gadsden a Marcy. México, 3 de julio de 1855, en NAW, *Despatches...*, rollo 20, v. 19, semioficial, anexo al despacho de la misma fecha.

irrestringido”.¹⁷³ Él mismo agregó que estas visiones coincidían con las suyas pues al observar de cerca a México y su gente confirmó su temprana opinión de que el país sería “la ampolla más irritante que pudiera ponerse en el cuerpo político norteamericano”.¹⁷⁴ Dijo, incluso, ante un supuesto ofrecimiento de Santa Anna de vender territorio, que no estaba dispuesto a ser el “corredor de bienes de la cancillería y denunció que todos los rumores que circulaban sobre sus negociaciones para adquirir Yucatán, Sonora y Baja California salían de los banqueros con el fin de presionarlo para “entrar al mercado”.¹⁷⁵

Todas estas frases sólo eran el preámbulo para advertir que, no obstante rechazar la incorporación de México a los Estados Unidos, ésta sería inevitable si Santa Anna se mantenía en el poder, ya que los liberales la veían como la única forma de salvarse de la tiranía;¹⁷⁶ para hacer ver que, ante la pobreza de México y su incapacidad para hacer frente a sus obligaciones, los Estados Unidos bien podían incorporar un territorio que “perfeccionara sus fronteras”.¹⁷⁷

No parece lógico que la administración norteamericana hubiese estado dispuesta a aceptar nuevas anexiones en ese momento, tanto por sus propios problemas internos como por la grave condición mexicana. Asimismo, las pretensiones del ministro en este sentido resultaban muy poco consecuentes con la campaña que, de tiempo atrás, había emprendido en favor de los liberales en quienes había depositado sus esperanzas. Empero, resulta curiosa la forma en que coqueteó hasta el último momento con la idea de incorporar nuevas tierras. Finalmente descubrió que el tema de la anexión podía ser empleado como un acicate, casi como una amenaza, para que su gobierno apoyara con decisión a los revolucionarios.

El otro argumento para animar a la administración de Pierce a intervenir en favor de los insurrectos era bastante más manido: el acercamiento entre Santa Anna y las potencias europeas. Gadsden denunció la simpatía mutua entre Napoleón III y Santa Anna, “el aspirante a Napoleón mexicano”, hecho que —dijo con marcado desprecio— no requería ninguna explicación de filosofía política.¹⁷⁸ El comisionado

¹⁷³ *Ibid.*

¹⁷⁴ *Ibid.*

¹⁷⁵ Gadsden a Marcy. México, 11 de julio de 1855, en NAW, *Despatches...*, rollo 20, v. 19, no-oficial.

¹⁷⁶ Gadsden a Marcy. México, 3 de julio de 1855, en NAW, *Despatches...*, rollo 20, v. 19, semioficial, anexo al despacho de la misma fecha.

¹⁷⁷ Gadsden a Marcy. México, 11 de julio de 1855, en NAW, *Despatches...*, rollo 20, v. 19, no-oficial.

¹⁷⁸ *Ibid.*

afirmó: “Santa Anna puede tener una influencia más seria en la dinastía francesa de lo que la mayoría ha advertido.”¹⁷⁹ Sus palabras, huelga decirlo, fueron premonitorias. Resulta sintomático que por esos mismos días el representante francés escribiera a su gobierno expresándole sus temores de que Estados Unidos se apoderara del beneficio de las minas del vasto territorio mexicano, lo cual serviría para financiar la producción de las fábricas “que se reproducen en forma mágica” y que, al adueñarse de Cuba, su única mira sería controlar el Golfo de México y convertirlo en un Mar Negro, pudiendo provocar verdaderas catástrofes en Europa con el solo hecho de elevar o reducir los aranceles.¹⁸⁰ Tales preocupaciones de Gabriac, al igual que los temores de Gadsden de que Francia se aliara con Santa Anna para establecer una monarquía en México, anunciaban esa rivalidad franco-americana por la hegemonía hemisférica que pocos años más tarde iba a tener tan dramáticas manifestaciones.

Hacia la primera quincena de julio, la revolución avanzaba en diversos puntos del país sin que las tropas del gobierno fueran capaces de contenerlas. Gadsden informó a Washington que Carbajal y Ocampo marchaban sobre Matamoros, mientras Comonfort, al mando de cuatro mil hombres, se dirigía a Guadalajara.¹⁸¹ Asimismo, las noticias de que Tuxpan se había pronunciado y que Tampico y otros puertos se aprestaban a seguir su ejemplo provocó una gran inquietud en palacio.¹⁸² El norteamericano vio el nombramiento del suegro de Santa Anna como ministro plenipotenciario en Washington como un ardid para cubrir la retirada de la familia del dictador, lo que coincidía con los continuos rumores que corrían por la ciudad.¹⁸³

Por esas mismas fechas el plenipotenciario explotó contra los agiotistas mexicanos, los especuladores norteamericanos, el canciller y Santa Anna. No era ésta la primera vez que denunciaba sus maniobras,

¹⁷⁹ *Ibid.*

¹⁸⁰ Gabriac a su gobierno. México, 6 de julio de 1855, en Díaz, *Versión...*, v. 1, p. 189-190.

¹⁸¹ Gadsden a Marcy. México, 3 de julio de 1855, en NAW, *Despatches...*, rollo 20, v. 19, semioficial, anexo al despacho de la misma fecha.

¹⁸² Gadsden a Marcy. México, 11 de julio de 1855, en NAW, *Despatches...*, rollo 20, v. 19, no-oficial.

¹⁸³ *Ibid.* La esposa de Santa Anna, Dolores Tosta, su madre y el nuevo ministro en Washington habían salido hacia Veracruz el 29 de junio para tomar el barco inglés hacia La Habana. Los movimientos de Llave entre Jalapa y Veracruz detuvieron por un momento el trayecto hasta que se les asignó una escolta. Se decía que Santa Anna saldría el siguiente día, pero aún estaba por verse si era para combatir a los desafectos o para hacer una retirada segura hacia la costa. Gadsden a Marcy. México, 3 de julio de 1855, en NAW, *Despatches...*, rollo 20, v. 19, semioficial, anexo al despacho de la misma fecha. Vázquez Mantecón, *op. cit.*, p. 60-61; Johnson, *op. cit.*, p. 62.

particularmente de los tres primeros. Apenas un mes antes había advertido a Marcy del peligro que se corría si adelantaba el dinero restante de la indemnización, pues era posible que los liberales al llegar al poder repudiaran los arreglos hechos por la dictadura.¹⁸⁴ Habló entonces de las libranzas expedidas por Santa Anna sobre la indemnización restante, las cuales habían sido compradas al 30 y al 50 % de su valor cuando debían haber merecido un premio; dijo que el saqueo promedio sobre los tres millones oscilaba entre \$900 000 y \$1 000 000.¹⁸⁵

En esta ocasión hizo la denuncia con mucha mayor virulencia, revelando alguna información que al parecer se venía reservando. Aconsejó al secretario de Estado no dejarse influir por el dictador, su canciller o los banqueros estadounidenses, pues todos ellos estaban ligados con los agiotistas mexicanos que siempre lucharon “en contra de los intereses [norte] americanos” y se habían pronunciado contra su gestión debido a que nunca lo pudieron convertir en un instrumento de sus intereses.¹⁸⁶ Aseguró que el canciller y los banqueros se proponían mantener una oligarquía del dinero para atracar a México y que el dictador y los financieros se habían coludido para saquear los últimos tres millones de la compensación. Dijo que mientras él rechazaba las libranzas y negociaba con el gobierno la satisfacción de diversos asuntos bilaterales, los financieros se habían hecho pagar aquellos documentos por el Departamento del Tesoro. De esta manera los banqueros estadounidenses habían entrado en contubernio con la cancillería para hacer público que su gestión ministerial y su conducta personal eran reprobadas por el presidente Pierce, con cuya confianza no contaba.¹⁸⁷ Se quejó de que los banqueros norteamericanos “involucrados en el fraude a México y los Estados Unidos” tuvieran la influencia suficiente para asegurar a Santa Anna que las libranzas serían respetadas y de que le hubieran quitado “todas las palancas de la mano” para manejar la situación con México.¹⁸⁸ Vio a los financieros estadounidenses a la cabeza de todos estos “hechos abominables” en perjuicio de sus conciudadanos. Fue entonces que denunció la forma en que hacia finales de 1853 Ward, Escandón y Santa Anna habían intentado incluir en el

¹⁸⁴ Gadsden a Marcy. México, 5 de junio de 1855, en NAW, *Despatches...*, rollo 20, v. 19.

¹⁸⁵ *Ibid.*

¹⁸⁶ Gadsden a Marcy. México, 11 de julio de 1855, en NAW, *Despatches...*, rollo 20, v. 19.

¹⁸⁷ Gadsden sin embargo infirió que esto no era cierto. *Ibid.*

¹⁸⁸ El plenipotenciario consideraba que el fraude se había realizado también en perjuicio de ciudadanos norteamericanos al echar por la borda todos sus esfuerzos por armonizar las relaciones comerciales entre las dos naciones, eliminar las prohibiciones comerciales, los monopolios y las restricciones en el intercambio comercial. *Ibid.*

Tratado de la Mesilla una cláusula que estipulara una indemnización de tres millones a la empresa de Hargous.¹⁸⁹

El escrito denotaba rabia y despecho. Finalmente, Gadsden encontraba en esa tríada fatal, los especuladores norteamericanos, los agiotistas mexicanos y el gobierno santannista, el obstáculo infranqueable a toda su gestión. Eran ellos los que habían interferido en la negociación del tratado y los que habían provocado su mutilación; eran también quienes habían imposibilitado el arreglo satisfactorio de las reclamaciones norteamericanas y el establecimiento de un comercio sin restricciones; eran los autores de todos los infundios que se propagaban en su contra y del descrédito de su gestión. Y peor que todo eso, eran quienes habían definido, de acuerdo con el interés de sus propios negocios, los cauces de la política norteamericana hacia México, arrebátandole la posibilidad de intervenir en ellos.

Estas furibundas denuncias del ministro norteamericano contra los especuladores mexicanos y estadounidenses se produjeron cuando poco había ya que hacer. Los acreedores, aunque no habían recibido aún el pago de sus documentos, sí tenían la seguridad de que el gobierno de Washington estaba dispuesto a respetar lo acordado por el régimen santannista.

Paradójicamente, tales arreglos poco sirvieron para que la dictadura pudiera mantenerse en pie. Hacia la primera quincena de agosto comenzó la desbandada del gabinete santannista. El día 8, mientras Díez de Bonilla renunciaba a su cargo, el Ministerio de Gobernación emitía una comunicación en la que Santa Anna organizaba el poder que debía sucederle.¹⁹⁰ Ese mismo día, Su Alteza Serenísima comunicó que marcharía hacia Veracruz con el fin de “atender personalmente el restablecimiento del orden”,¹⁹¹ explicación que no evitó las suspi-

¹⁸⁹ *Ibid.* Pocos días después de escribir este despacho, Gadsden envió una nueva comunicación no oficial al Departamento de Estado. En ella señaló que desconfiaba profundamente de las declaraciones de Santa Anna sobre su disposición a arreglar los problemas con los Estados Unidos. Consideró que ésta era solamente una representación para cubrir su retirada. Se mostró deseoso de romper toda relación con el dictador y de regresar a su país. Por cierto que expresó también su deseo de desembarcar en La Habana y entrevistarse con Concha, así como ver a vuelo de pájaro la situación en Santo Domingo. Así pues, no obstante el desaliento que le producía su situación en México, el ministro parecía no perder el ímpetu. Gadsden a Marcy. México, 19 de julio de 1855, en NAW, *Despatches...*, rollo 20, v. 19, anexo al despacho del 3 de julio de 1855.

¹⁹⁰ El triunvirato que debía suceder a Santa Anna según sus instrucciones estaba compuesto por el presidente del supremo tribunal, Ignacio Pavón, y los generales Mariano Salas y Martín Carrera; como suplentes: el general Rómulo Díaz de la Vega e Ignacio Mora Villamil. Zamacois, *op. cit.*, v. XIV, p. 50-52; Vázquez Mantecón, *op. cit.*, p. 62.

¹⁹¹ *Ibid.*

cias de la población sobre los verdaderos fines del viaje. A la madrugada siguiente el veracruzano salió de la ciudad. Tres días más tarde, en Perote, anunció su renuncia y lanzó un manifiesto responsabilizando a la rebelión del colapso de su gobierno,¹⁹² y acusando a los norteamericanos en los siguientes términos: “El escándalo, el deshonor y la perfidia, llegan al extremo de asociar no sólo con los filibusteros sino con tropas de los Estados Unidos que pasando la frontera disfrazados de desertores, son conducidos por los rebeldes y deshonorosos, que les mostraron el camino para invadir su tierra natal...”¹⁹³ La mañana del día 13, antes aun de que el documento circulara en la ciudad de México, ésta se proclamó por el Plan de Ayutla, en tanto que la turba se lanzaba contra las propiedades de los ministros de Estado, con especial furia contra las del canciller, cuya casa fue saqueada al igual que la de Manuel Escandón y la imprenta de *El Universal*.¹⁹⁴ La madrugada del 17 Santa Anna abordó el *Iturbide*, donde lo aguardaba su familia para dirigirse, vía La Habana y Cartagena, al exilio en la isla de St. Thomas.¹⁹⁵

Cerrar con broche de oro

Empero, el fin de la dictadura no puso término a la disputa con Gadsden. Después de la caída de Su Alteza Serenísima corrieron rumores de que el plenipotenciario había ayudado activamente a los rebeldes al tiempo que mantenía relaciones con el dictador. Se dijo que había servido de intermediario para obtener \$200 000 de fondos

¹⁹² “Al que se ha visto trabajar con abnegación y sin descanso en el servicio público, nadie le podrá argüir de egoísmo y de propia conveniencia si abdica ante la nación el poder que de ella recibió, cuando en conciencia cree que el bien y la prosperidad del país así lo exigen... Sin embargo, veo venir la anarquía, la desolación y la pérdida para siempre de la nacionalidad.” Antonio López de Santa Anna, Su Alteza Serenísima, general presidente de la República Mexicana, México. Zamacois, *op. cit.*, v. XIV, p. 55 s; Anexo al despacho de Gadsden a Marcy del 19 de agosto de 1854, en NAW, *Despatches...*, rollo 20, v. 19.

¹⁹³ Gadsden llamó la atención sobre este párrafo cuyo contenido —dijo— estaba “en armonía con el espíritu y temperamento mostrado en toda ocasión, cuando las relaciones con los Estados Unidos fueron objeto de una conferencia, ya fuera con Santa Anna o su ministro, lo cual se le comunicó al presidente desde fecha muy temprana”. *Ibid.*

¹⁹⁴ Zamacois, *op. cit.*, v. XIV, p. 53. Al parecer, Escandón también tuvo que salir del país. Díaz, *Versión...*, v. I, p. 166-168. El relato de Gadsden a Washington señala que la lectura de un discurso pareció originar un movimiento en la Alameda, en donde las arengas animaron a la multitud a expresarse contra la tiranía; no obstante —aseguró— la paz pública no se había alterado, ni se habían cometido actos violentos en personas o propiedades “a excepción de los culpables”. Gadsden a Marcy. México, 19 de agosto de 1854, en NAW, *Despatches...*, rollo 20, v. 19.

¹⁹⁵ Calcott, *op. cit.*, p. 314.

oficiales norteamericanos para los insurrectos,¹⁹⁶ y favorecido especialmente al plan de Vidaurri que —de acuerdo con la opinión de Alexis de Gabriac— era “el más peligroso para la integridad territorial de la república”, ya que tendía a proclamar una federación independiente compuesta por Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas.¹⁹⁷ El encargado de negocios británico, W. G. Lettsom, abonó a esta versión al señalar que no había duda de que Gadsden había mantenido relación con varios jefes revolucionarios, entre ellos Juan N. Álvarez e Ignacio de la Llave, a quienes había enviado sendos agentes. A diferencia del francés, Lettsom pensaba que Gadsden había actuado sin instrucciones de su gobierno.¹⁹⁸

No fue ésta la única acusación que se hizo al representante norteamericano de colaborar con los revolucionarios. Gabriac estaba convencido de que Gadsden y su secretario habían trabajado activamente para impedir que los conservadores desviaran el curso de la revolución liberal y asegurar la presidencia al general Álvarez. De acuerdo con el francés, la legación favorecía a la Guardia Nacional y entregaba armas al populacho, opinión que parecía ser compartida por el representante británico.¹⁹⁹

¹⁹⁶ Olliff, *op. cit.*, p. 48.

¹⁹⁷ Gabriac a su gobierno. México, 25 de agosto de 1855, en Díaz, *Versión...*, v. I, p. 195. El ministro veía en todo ello una actitud hipócrita por parte de Washington que —según dijo— aprobaba, por un lado, la conducta del gabinete mexicano hacia Gadsden, y, por el otro, enviaba dinero secretamente con orden de fomentar la revolución y perturbar las relaciones. *Idem.*

¹⁹⁸ Lettsom a Clarendon. México, 27 de septiembre de 1855, en F.O./50, v. 280. Clarendon refirió que el ministro de Prusia le había contado que, en su estancia en Washington, un funcionario del Departamento de Estado le dijo que el gobierno de Estados Unidos había escrito a Gadsden en términos tales que, si aún tuviera un ápice de honor, ya habría renunciado. *Idem.*

¹⁹⁹ El ministro señaló que esas maniobras eran del absoluto dominio público y que abundaban pruebas al respecto. Se sabía, por ejemplo, de una casa en la calle de Águilas número 9, donde cada noche el general (¿?) Miñón, un republicano exaltado, recibía a soldados desertores, quienes obtenían de Cripps, el secretario de la legación norteamericana, diez pesos, armamento y equipo. Gabriac a su gobierno. México, 5 de septiembre de 1855, en Díaz, *Versión...*, v. I, p. 199. De acuerdo con Olliff, la incapacidad de los periódicos mexicanos de responder a los cargos de Gabriac o de publicar las pruebas documentales podría indicar que los cargos no tenían sustento, o lo que resulta más probable que sí lo tenían y trataban con su actitud de impedir que la victoria de los rebeldes se viera empañada. Olliff, *op. cit.*, p. 48.

Lettsom habló también del asunto a su gobierno en su despacho del 27 de septiembre de 1855, en F. O./50, v. 280. Asimismo, el ministro francés relató que un cerrajero francés de nombre Rojon le contó que un norteamericano de nombre Tripler, agente secreto de Gadsden, le había encargado doscientos fusiles y sus respectivos cartuchos para la legación norteamericana. Ésta no los recibió por considerarlos muy caros, hecho que provocó que Rojon amenazara con llevar el asunto ante los tribunales. El asunto tuvo tal difusión, que el gobierno interino ordenó el interrogatorio de Rojon. Gabriac a su gobierno. México, 5 de septiembre de 1855, en Díaz, *Versión...*, v. I, p. 199.

Empero, el asunto que provocó una reacción más encendida fue el del supuesto tratado para establecer un protectorado norteamericano sobre México que Gadsden habría propuesto a los liberales.²⁰⁰

Las bases del arreglo establecían una alianza ofensiva y defensiva; acordaban también la garantía norteamericana a la integridad territorial de México tal como había quedado estipulada por los tratados de Guadalupe Hidalgo y La Mesilla; se resolvía el envío a México de la inmigración proveniente de Europa; se pactaba un préstamo norteamericano a México por treinta millones de pesos con la garantía de una hipoteca sobre la propiedad eclesiástica, con o sin el consentimiento de la Iglesia; se convenía la instauración de un banco de avío con un fondo de cien millones que serían invertidos en el desarrollo minero, agrícola y de transporte; se comprometía a los dos países a instituir un acuerdo para fijar los aranceles portuarios y las tarifas para proteger la industria en México, igualmente el fin de las restricciones mercantiles, aduanas internas y estancos. El tratado quedaba sujeto a que los Estados Unidos establecieran un protectorado sobre la República Mexicana que se extendería “hasta sostener al gobierno que por consecuencia se establezca”.²⁰¹

Gadsden se apresuró a desmentir “todos los infames rumores, puestos en circulación por el partido conservador”, que lo vinculaban al asunto a través de *El Monitor Republicano*, y afirmó que la única sugerencia en ese sentido le había sido planteada por conservadores asociados con el gobierno de Santa Anna.²⁰²

El tratado fue publicado el 19 de septiembre en *Le Trait d'Union*,²⁰³ hecho que provocó una verdadera crisis en la escena política mexicana,

²⁰⁰ Gabriac habla de un solo tratado mientras que Olliff hace mención de dos; posiblemente el segundo tratado al que alude sea el de Robles Pezuela. *Cfr. vid. infra*, p. 264-265. Gabriac a su gobierno. México, 19 de septiembre de 1855, en Díaz, *Versión...*, v. I, p. 203; Olliff, *op. cit.*, p. 149.

²⁰¹ Díaz, *Versión...*, v. I, p. 204-205. Las bases del tratado fueron remitidas por Valentín Gómez Farías y aparecen junto con sendas cartas a Juan Álvarez e Ignacio Comonfort fechadas el 19 de septiembre de 1855 en los microfilmes de la Colección Genaro García que posee la biblioteca del Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, AVGF, GF 4042, f. 49-50.

²⁰² Gabriac afirmó que, no obstante que todo el mundo estaba convencido de la veracidad del asunto, los puros habían protestado tan violentamente que nadie se había atrevido a expresarse al respecto. Díaz, *Versión...*, v. I, p. 205; Olliff, *op. cit.*, p. 50. Gadsden escribió al Departamento de Estado del “chismorreo diplomático” en la ciudad que le acusaba de haber distribuido dinero para la causa de la revolución y de haber entregado armas, así como de estar en contacto con Comonfort y Vidaurri para establecer un protectorado cuando se restaurara la federación. Gadsden a Marcy. México, 19 de septiembre de 1855, en NAW, *Despatches...*, rollo 20, v. 19.

²⁰³ No deja de ser revelador el hecho de que fuese el periódico francés el que publicara el proyecto. Apenas dos semanas antes, Gabriac se había quejado ante su gobierno de que un conocido suyo no había podido publicar unos documentos que comprobaban “la pérdida

de por sí turbulenta.²⁰⁴ Curiosamente, el mismo día 19 Gómez Farías escribió a Álvarez y a Comonfort una nota reservada alusiva al tratado en cuestión, con copias del supuesto arreglo, pues consideró que el asunto —del que corrían ya algunas versiones— revestía enorme gravedad. Aventuró que la imprecisión de las cláusulas del arreglo provocarían un enorme rechazo entre la gente, a más de poner en peligro los “derechos incontestables de la nación”, y afirmó que las bases del protectorado no eran suficientemente claras y “podría darse a éste una latitud tal que los derechos de independencia y soberanía de la nación desaparezcan o no quede de ellos más que el nombre o una sombra”.²⁰⁵ Gómez Farías esperaba reunirse con Álvarez y Comonfort cuando vieran a la ciudad de México para hablar del citado proyecto y expresó su temor de que éste fuera resultado de una intriga o de que sus cláusulas hubiesen sido “adulteradas”. Hizo referencia a algunas cartas que había recibido en que se le pedía estar muy atento para evitar que México fuese absorbido por los Estados Unidos, “si no por mala fe, por imprevisión”.²⁰⁶ Dos días más tarde escribió nuevamente a Juan Álvarez

conducta” de la legación de los Estados Unidos en el asunto de los fusiles y cartuchos que encargó y no pagó. Refirió que no encontró un solo diario en la capital que se atreviese a insertar esas revelaciones. Díaz, *Versión...*, v. I, p. 199. *Le Trait d'Union* había sido fundado en mayo de 1849 por Rene Mason para servir de vínculo entre los franceses residentes en México. Constituyó, nos dice una estudiosa, un medio de expresión de aquellos ciudadanos cuyas actividades e intereses comerciales los hacían partícipes de las convulsiones que sacudían a México. Dicho periódico fue, simultáneamente, observador y actor de la vida política de México y sus opiniones eran debatidas y ejercían influencia. Jacqueline Covo, “*Le Trait d'Union*, periódico francés de la ciudad de México, entre la Reforma y la Intervención”, en *Historia Mexicana*, v. xxxv, n. 3, enero-marzo de 1986, p. 461-476, p. 461. El diario no pudo ser consultado ni en la Hemeroteca Nacional ni en el Fondo Reservado de la Colección Lafragua, que no tienen esos números. Como resultado de nuestra pesquisa tuvimos conocimiento de que tampoco aparece en la Hemeroteca Lerdo de Tejada, donde —hace algunos años todavía existía una colección bastante completa del periódico—. Hubimos de conformarnos con revisar la transcripción del documento hecha por el comisionado galo que aparece en la *Versión francesa* de Lilia Díaz.

²⁰⁴ Olliff señala que este hecho obstaculizó, en parte, el establecimiento del gobierno liberal. Olliff, *op. cit.*, p. 49.

²⁰⁵ Valentín Gómez Farías a Juan Álvarez. México, 21 de septiembre de 1855, en microfilmes de la Colección Genaro García, AVGF, GF 4041.

²⁰⁶ *Idem*. De la difícil lectura de la nota reservada de Gómez Farías a Álvarez y Comonfort del 19 de septiembre de 1855 —pues el microfilme es casi ilegible— se desprende que don Valentín se mostró precavido e interesado a la vez en el acuerdo con los norteamericanos. Sopesó las bondades y los problemas que ofrecía el proyecto, subrayó el hecho de que la integridad territorial y la soberanía política del país no parecían quedar suficientemente garantizadas y externó su cautela ante los proyectos de desarrollo, financiero y de inmigración extranjera, contenidos en el plan. Valentín Gómez Farías a Juan Álvarez. México, 19 de septiembre de 1855, y apunte sin fecha de Gómez Farías, en Colección Genaro García, AVGF, GF 4041, f. 58. Esta lectura difiere de las de Ynsfran y Olliff, quienes aseguran que Gómez Farías se entusiasmó con el tratado. Pablo Max Ynsfran, *Catálogo de los manuscritos del Archivo de Valentín Gómez Farías obrantes en la Universidad de Texas, Colección Latinoamericana*, México,

sobre la alarma causada en un principio por el tratado publicado en el periódico francés y para referirle que la intranquilidad había comenzado a ceder al saberse que el origen del documento estaba —según algunas versiones— en la propia legación norteamericana por “los serios deseos que tienen en el Sur de absorbernos”; recomendó al general desmentir la afirmación de que había sido firmado por los líderes liberales.²⁰⁷

El general Álvarez, por su parte, reaccionó con aparente indignación. Dijo que todo era producto de “la calumnia y ruines pasiones de los vencidos para... empañar la reputación de los caudillos que han sabido hacer frente al Despotismo”, y por lo tanto no resultaba extraño que corrieran “como válidas” afirmaciones que él rechazaba con indignación.²⁰⁸ Por otra parte, la carta de Gómez Farías confirmaba las noticias que Álvarez ya tenía respecto de que tanto el propio Álvarez como Comonfort estaban de acuerdo con el tratado de alianza ofensiva y defensiva con los Estados Unidos. Álvarez dijo enfático:

Yo que desde el año de 1810 hasta la fecha no he tenido otro pensamiento que el de conservar el nombre de México en el registro de los pueblos libres e independientes, mal pudiera estar de acuerdo en las bases de ese proyecto en que parece comprometida la existencia y el honor nacional; en cuanto al Sr. Comonfort, cuyo patriotismo es indisputable así como su honor, mal pudiera entrar en negociaciones de esta clase; así es que a nombre de los dos respecto [a] tan calumniosos asertos, nada, absolutamente nada existe de verdad en lo que se nos atribuye y con esta fecha tomo yo las providencias correspondientes para que terminen semejantes imputaciones que lastiman mi corazón hiriendo la fibra delicada del patriotismo.²⁰⁹

La nota, de tono muy áspero, pareció censurar a Valentín Gómez Farías por haber puesto en tela de juicio su absoluta oposición a cualquier proyecto de protectorado;²¹⁰ empero —a decir de Olliff—, se

Editorial Jus, 1968 (Independent Mexico in Documents: Independence, Empire, and Republic, 3), p. 365; Olliff, *op. cit.*, p. 50. A mi juicio el documento no ofrece elementos suficientes para sostener tal afirmación, aunque es muy posible que hubiera sido escrito para cubrir apariencias, pues no parece casual que la fecha en que fue redactado coincida con la de la publicación del tratado en el diario francés.

²⁰⁷ Valentín Gómez Farías a Juan Álvarez. México, 21 de septiembre de 1855, en microfilmes de la Colección Genaro García, AVGF, GF 4043, f. 58.

²⁰⁸ Juan Álvarez a Valentín Gómez Farías. Iguala, 25 de septiembre de 1855, en microfilmes de la Colección Genaro García, AVGF, GF 4047, f. 58.

²⁰⁹ *Idem.*

²¹⁰ Según Ynsfran, el tratado “presuntamente mereció la aprobación de los destinatarios”. *Op. cit.*, p. 365.

había escrito con el evidente propósito de ser publicada para borrar la mala impresión que pudiera tener el público.²¹¹ En realidad los líderes revolucionarios conocían ya del proyecto ante el cual habían reaccionado con una combinación de cautela y entusiasmo, según se desprende de la correspondencia entre Gómez Farías, Álvarez y Comonfort.²¹²

A pesar de las declaraciones de Gadsden en el sentido de que el proyecto de protectorado era una infamia propagada por los conservadores, vale la pena analizar sus estipulaciones para compararlas con las medidas perseguidas durante la gestión del comisionado y procurar esclarecer su origen y trascendencia. La cláusula sobre la política comercial de México estaba en absoluta concordancia con las reiteradas demandas en favor de un comercio libre que el plenipotenciario estadounidense había expresado a lo largo de su gestión; asimismo, la alianza ofensiva-defensiva que estipulaba el apoyo norteamericano al gobierno iba en consonancia con las continuas demandas de Gadsden a su gobierno sobre la necesidad de intervenir en favor de los liberales. Curiosamente, años más tarde, los gobiernos de México y Estados Unidos llegaron a un arreglo parecido con el Tratado McLane-Ocampo. El asunto de la inmigración europea que los Estados Unidos derivarían a México, el préstamo garantizado con una hipoteca sobre propiedades eclesiásticas y la inversión de cien millones de pesos, así como el establecimiento de un protectorado, resultaban medidas no sólo inusitadas sino ciertamente comprometedoras para el futuro del país, pues además de entregarse a los Estados Unidos el control de su política comercial quedaba en franco peligro su futura supervivencia al hipotecar las propiedades eclesiásticas y al dejar al país en calidad de protectorado de la Unión Americana.

El representante francés, por su parte, no dejó de insistir en que el tratado era auténtico y que había sido “elaborado, litografiado y distri-

²¹¹ Juan Álvarez a Valentín Gómez Farías. Iguala, 25 de septiembre de 1855, en microfilmes de la Colección Genaro García, AVGF, GF 4047, f. 58, Olliff, *op. cit.*, p. 50. El autor señala que, en una parte más privada de la carta, Álvarez se disculpa con Gómez Farías diciendo que el fuerte lenguaje era necesario para dispersar cualquier duda del público. *Idem.* Álvarez escribió: “Encontrará usted en mi lenguaje alguna vehemencia, no lo extrañe usted porque cuando recuerdo todos los sufrimientos de la nación para conseguir la independencia y libertad, ni puedo contener mi indignación y me falta paciencia para ver de un modo diferente los medios insidiosos y pérfidos que los enemigos verdaderos de la independencia y libertad ponen en juego para dividirnos...”

²¹² De acuerdo con Olliff, la apreciación privada de Gómez Farías sobre el tratado deja ver que era consciente de que Álvarez y los otros liberales procuraban asegurar un estatus garantizado para la federación y temían que de conocerse el acuerdo prematuramente se daría al traste con sus esfuerzos. Olliff, *op. cit.*, p. 50.

buido con el cuidado y a costa de la legación de los Estados Unidos”.²¹³ En abono de sus afirmaciones, estaba el antecedente de Manuel Robles Pezuela. Éste era un oficial zapador exiliado por Santa Anna en Nueva York en donde sirvió como agente de los rebeldes de Ayutla.²¹⁴ Según dijo a Gabriac, recibió una propuesta del gobierno de Washington contenida en el proyecto publicado por *Le Trait d'Union*, amén de una oferta de un millón de dólares si se comprometía a dirigir el partido de la revolución que derrocará a Santa Anna y a conducir al país de acuerdo con los principios norteamericanos.²¹⁵ Robles Pezuela aseguró al ministro francés que había rechazado tales proposiciones pero que Gadsden recibió copia del proyecto con instrucciones de “impulsar su ejecución por todos los medios”.²¹⁶ El relato del mismo agente al representante de Su Majestad Británica puntualizó que las propuestas no le habían sido planteadas por ningún miembro del gobierno de Estados Unidos, sino por personas que tenían una relación tan cercana con el gabinete que él no podía dejar de pensar que aquéllas habían sido hechas con el conocimiento y la aprobación de sus superiores.²¹⁷

Al igual que en el caso del tratado hecho público por *Le Trait d'Union*, la propuesta a Robles Pezuela fue del conocimiento de los líderes de la Revolución de Ayutla.²¹⁸ Desde luego, echa por tierra las explicaciones de los liberales en el sentido de que el plan para establecer un protec-

²¹³ El francés aseguró que quien le entregó el ejemplar lo había recibido de un agente del general Gadsden. Gabriac a su gobierno. México, 26 de septiembre de 1855, en Díaz, *Versión...*, v. I, p. 205.

²¹⁴ *Ibid.* Olliff, *op. cit.*, p. 51. El nombre completo de Robles Pezuela no aparece en ninguno de los documentos. Desde luego no se trata de Manuel Robles Pezuela, quien fue ministro de Guerra durante el gobierno de Mariano Arista, pero posiblemente se trate de un hermano suyo.

²¹⁵ Gabriac a su gobierno. México, 26 de septiembre de 1855, en Díaz, *Versión...*, v. I, p. 205.

²¹⁶ *Ibid.*, v. I, p. 206.

²¹⁷ W. G. Lettsom a Clarendon. México, 27 de septiembre de 1855, en F. O./50, v. 280. La versión que Olliff ofrece del asunto es un poco distinta; señala que altos funcionarios del gobierno norteamericano propusieron a Robles Pezuela que los Estados Unidos ayudarían a deponer a Santa Anna mediante un préstamo de \$ 500 000 a los rebeldes y la toma de Veracruz. Una vez que se estableciera el gobierno liberal se acordaría una alianza ofensiva y defensiva sobre la base de los siguientes compromisos: respeto a la integridad territorial de México; suspensión y castigo de todo intento filibustero; suministro de los fondos necesarios para sostener al gobierno mexicano hasta que pudiera reorganizar sus finanzas; protección al gobierno mexicano de sus enemigos externos e internos; respeto a los derechos de propiedad en México, particularmente los del clero. Olliff, *op. cit.*, p. 51. Desafortunadamente el autor no consigna la fuente de donde surgió su información.

²¹⁸ Francisco Landero y Cos escribió una carta con carácter de privada confidencial sobre las propuestas del gobierno estadounidense a Robles Pezuela para facilitarle dinero y fuerzas con el propósito de derrocar al dictador, instaurar a Robles Pezuela en el poder y permitir el establecimiento de inmigrantes europeos. Landero y Cos a Gómez Farías. Veracruz, 10 de septiembre de 1855, en Colección Genaro García, AVGF, GF 4041, f. 58, *apud*: Ynsfran, *op. cit.*, p. 363.

torado era tan sólo una invención de los conservadores con el avieso propósito de desprestigiar a la revolución. Empero, es difícil saber si efectivamente el gobierno de Estados Unidos tuvo alguna injerencia directa en el asunto. No existe documento que confirme tal hecho, o si fueron particulares quienes promovieron dicho plan. Olliff sugiere que el cónsul norteamericano en Veracruz, John T. Pickett, quien estaba vinculado con la empresa de Sloo, había sido uno de los “altos funcionarios” estadounidenses con los que Robles Pezuela se había entrevistado en Nueva York cuando le hicieron la propuesta.²¹⁹

Bien que proviniera de una iniciativa gubernamental o de ciudadanos particulares —e incluso de una combinación de ambos—, la idea del protectorado no pareció haber sido absoluta y automáticamente repudiada por los líderes del movimiento de Ayutla, como éstos señalaron. Es posible que al menos algunos puntos del proyecto merecieran la atención y despertaran el entusiasmo de las cabezas de la revolución, aunque, cuando el proyecto apareció publicado, se apresuraran a rechazar públicamente que estuvieran interesados en él.

Es difícil precisar cuál fue la participación de Gadsden en este asunto aunque no hay duda de que fue un impulsor entusiasta de los liberales y, a medida que su gestión avanzaba, sus roces con Santa Anna, y sobre todo con Díez de Bonilla, no sólo lo acercaron a la posición de los insurrectos sino que lo hicieron un abanderado decidido de su causa.

Reflexiones

Aunadas a problemas de menor envergadura, las dos cuestiones primordiales de la relación entre México y Estados Unidos durante los siete meses y días de 1855 que sobrevivió la dictadura santannista fueron la especulación y la expansión. En ellas confluyeron asuntos como el pago del resto de la indemnización norteamericana, las diversas posiciones respecto del movimiento revolucionario, la confrontación y

²¹⁹ Olliff señala que la conducta de Pickett sugiere la posibilidad de que estuviera involucrado en un plan secreto, posiblemente extraoficial. Hace ver que hacia principios de marzo informó a su gobierno que se ausentaría por un breve periodo de Veracruz, tiempo en el que no visitaría Washington. A pesar de ello, durante el mes de julio solicitó en la oficina consular del Departamento de Estado un informe sobre los intereses comerciales norteamericanos en Veracruz. Más tarde viajó a Nueva York, donde discutió acerca de asuntos mexicanos con personas “importantes” no identificadas, antes de regresar al puerto a principios de agosto. Olliff, *op. cit.*, p. 51; Pickett a Marcy, Veracruz, 4 de marzo de 1855, en NAW, *Despatches from the United States Consuls in Veracruz, 1822-1906*, rollo 6; acuse de recibo de Pickett a la oficina consular del Departamento de Estado, *ibid.*; Pickett a Marcy, Veracruz, 4 de agosto de 1855, *ibid.*

el acuerdo entre Gadsden y el Departamento de Estado y la disputa entre Europa y la Unión Americana por la hegemonía hemisférica.

El problema más grave entre México y su vecino del norte pareció derivar de las actividades especulativas a que dio origen el pago de los últimos tres millones de la indemnización. Éstos, que según el Tratado de La Mesilla no debían entregarse antes de que la línea divisoria hubiera sido trazada, fueron comprometidos por Santa Anna, sin haberse cumplido dicha condición, con la casa Howland & Aspinwall y la mancuerna formada por Hargous-Escandón que buscaban beneficiarse de la miseria hacendaria del país, su corrupción y las apremiantes necesidades del régimen, que a esas alturas se jugaba su existencia en los enfrentamientos con los revolucionarios, así como también de la innegable influencia que dichos financieros ejercían no sólo en la ciudad de México sino en la misma Washington. Cabe resaltar que tanto el gobierno mexicano como el norteamericano pasaron por alto la condición establecida por el mencionado artículo, alterando sensiblemente el calendario fijado para verificar el pago. El primero, al expedir libranzas contra los fondos del Tesoro estadounidense con anterioridad a trazarse la línea fronteriza. El segundo, al aceptarlos, ocupar el Valle de La Mesilla —aunque de forma temporal— y hacer efectivos aquellos pagarés antes del plazo acordado.

Al igual que al principio de la gestión de Gadsden, cuando se entablaron las negociaciones para el nuevo tratado de límites, los poderosos intereses particulares de banqueros y agiotistas de ambos lados de la frontera arrebataron a la vía diplomática el control de la situación, lo que pone de manifiesto la importancia que el sector financiero tenía en las decisiones de la Casa Blanca. Seguramente a ellos se debió el envío a México del agente especial Christopher Ward, tan cercano a los intereses de Hargous. Ward representó en forma clara la determinación de ese grupo de definir el curso del nuevo tratado con México, y significó también la competencia existente con los intereses de los expansionistas y de los empresarios ferrocarrileros a los que Gadsden estaba ligado. El contrapeso a esta fuerza lo ejercía el poderoso grupo del Partido Demócrata al que Gadsden estaba ligado y con cuyo apoyo logró mantenerse al frente de la legación a pesar de su antagonismo con el secretario de Estado y posiblemente también con el presidente. Ambos sectores midieron fuerzas cuando los primeros, junto con Marcy, instigaron para quitar a Gadsden de la legación. Inopinadamente, frente a su renuncia, el secretario de Estado tuvo que dar marcha atrás en sus propósitos de deshacerse del fastidioso personaje, quedando en claro que el grupo expansionista al que Gadsden estaba adscrito poseía una parte importante del control político y era capaz de presionar para retenerlo en

su puesto. El episodio, sin haber trascendido mayormente, sí pareció significar el punto crítico de un enfrentamiento entre los sectores financiero-especulador y anexionista-esclavista. Es curioso que así como Santa Anna culpó de su caída a los revolucionarios y a la influencia estadounidense, Gadsden achacó a los agiotistas y los financieros el naufragio de sus gestiones en la negociación de La Mesilla, las reclamaciones y el libre comercio. Los culpó de arrebatarle la posibilidad de conducir la relación con México. Empero, no se quedó cruzado de brazos frente a los ataques de sus enemigos. Persuadido de que los intereses de su país correrían mejor suerte si México era gobernado por los revolucionarios, estuvo dispuesto a proporcionarles ayuda efectiva. Paradójicamente, el que los intereses de los “buitres del tesoro” prevalecieran por encima del cauce diplomático no cambió la suerte fatal de la dictadura.

La cuestión de las especulaciones se relaciona con posturas adoptadas ante el avance de la revolución y la permanencia del régimen dictatorial. Encontramos, por un lado, a ese sector financiero y especulativo norteamericano al que hemos aludido, entre cuyos miembros se contaban personajes vinculados con agiotistas mexicanos, suficientemente influyente como para conseguir que la administración estadounidense reconociese los pagarés emitidos por Santa Anna. Este grupo, como es obvio, no deseaba su caída, al menos mientras no hubiesen cobrado los documentos.²²⁰ Por otro lado tenemos a los comerciantes del sureste norteamericano, opuestos a las políticas proteccionistas de Santa Anna, que hicieron causa común con los revolucionarios para derrocar al dictador, atraídos por las promesas del Plan de Ayutla de reducir los aranceles.²²¹

La posición de Washington respecto del movimiento de Ayutla y Santa Anna es menos clara; aunque el representante francés haya afirmado que era hipócrita, pues apoyaba las acciones de Gadsden en contra de Su Alteza Serenísima y en favor de los revolucionarios, no existen testimonios que así lo demuestren. No se sabe bien a bien cuál fue el papel de la administración de Pierce en los asuntos mexicanos más

²²⁰ Vale la pena recordar que Manuel Escandón, uno de los principales agiotistas y empresarios de la época, no sólo sobrevivió a la caída del dictador sino que continuó sus prósperos negocios al triunfar la Revolución de Ayutla y, en 1861, después de la victoria liberal en la Guerra de Reforma, fue visto por el ministro francés como el alma del gabinete del gobierno juarista. Urías, *op. cit.*, p. 46 s.

²²¹ El Plan de Ayutla y el reformado en Acapulco hablaban de la necesidad de revisar el arancel de aduanas. Ambos pedían la instauración del arancel Ceballos en tanto se redactaba otro. Rosaura Hernández Rodríguez, *Ignacio Comonfort. Trayectoria política. Documentos*, México Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1967, p. 30.

allá del sostén que implicó el reconocimiento a los pagarés y el limitado control que procuró ejercer sobre las expediciones filibusteras, pero es claro que las contradicciones internas le impedían abandonar la línea cautelosa que se había impuesto.

Puede decirse que la actitud de Gadsden respecto de la dictadura fue bastante errática, aunque dicha afirmación parezca contradictoria. Su posición meridianamente clara en favor de los revolucionarios y en contra del régimen cedía su lugar, de tiempo en tiempo, al resurgimiento de los proyectos de expansión, el otro gran asunto en torno al cual giraron las relaciones entre México y los Estados Unidos durante los meses postreros de la dictadura santannista. No obstante que en ocasiones sea difícil descifrar la paternidad de los planes, cualquiera de los dos, el ministro o el dictador, pudo haber sido su artífice. El caso es que en diversas ocasiones a lo largo de los meses que precedieron la caída del régimen el tema de una nueva cesión territorial estuvo en la agenda de las conversaciones entre la legación y la dictadura. Se advierte al respecto una doble actitud tanto del gobierno mexicano como del plenipotenciario. El primero siempre vociferó contra el modelo político y las prácticas norteamericanas; el segundo clamó a su gobierno por apoyar a los de Ayutla y negar al dictador el resto de la indemnización para acelerar su *debacle*. Ambos, empero, mostraron en los hechos la inconsecuencia con su discurso cuando, en momentos críticos, se aprestaron a negociar una nueva enajenación de territorio.

Llaman la atención los contradictorios argumentos del plenipotenciario a lo largo de este tiempo. Tan pronto se esforzó en persuadir a su gobierno de apoyar al “gobierno legítimo” de los de Ayutla, aunque éste no hubiera surgido de una elección popular sino de un movimiento armado, y arguyó que sus intereses coincidían con los estadounidenses, como afirmó que la única salida para los problemas bilaterales era la negociación de una nueva frontera con... el régimen dictatorial. En un momento habló de la inconveniencia de anexar México a la Unión Americana porque los “elementos [de su población eran] más difíciles de manejar que los esclavos”; y poco después animó al Departamento de Estado a resolver de una vez por todas las cuestiones pendientes entre los dos países mediante una nueva modificación de la frontera. Empero, es posible pensar que al término de la dictadura el ministro haya visto con buenos ojos la posibilidad de negociar el establecimiento de un protectorado. El hecho, de confirmarse, sugiere que Gadsden había dado un giro al cambiar su aspiración original de anexión territorial por la de compartir la soberanía de todo el país.

En otro orden de cosas, el enfrentamiento entre el Departamento de Estado y su representante contrasta con los puntos de coincidencia

que, finalmente, se encuentran en las respuestas que ambos dieron a asuntos tales como el bloqueo de Acapulco y la ocupación de La Mesilla. Así también destaca el que Marcy no hubiese obligado a su ministro a dar marcha atrás en la ruptura de relaciones aunque no aprobara la medida. Esto sugiere un esfuerzo de Washington por llevar una política unitaria y un afán por no provocar al sector sureño-esclavista-expansionista representado por Gadsden. Ello explica también las actitudes francamente insolentes que gentes como Soulé o el propio Gadsden tuvieron no sólo con los gobiernos ante los que estaban acreditados sino con el mismo Departamento de Estado, cuyas instrucciones muchas veces sobrepasaron. La confrontación entre el Departamento de Estado y la legación en México reflejó —a más de una evidente antipatía personal— la disensión interna estadounidense, donde el plenipotenciario personificaba los intereses del Sur y Marcy el esfuerzo conciliador con el Norte.

Los proyectos de expansión norteamericana en México, Cuba y Centroamérica llevaron inevitablemente a la discusión de la influencia y los designios de las potencias trasatlánticas en la región. Se trataba, al fin y al cabo, de un debate sobre la doctrina Monroe. Gadsden, adalid del monroísmo, denunció innumerables veces los esfuerzos de la dictadura por concretar una alianza con Europa con miras a restablecer el sistema monárquico en México y, principalmente, a frenar el avance norteamericano en todo el continente. Así, al avivar las rivalidades con el Viejo Mundo, esperaba empujar a su gobierno a intervenir contra Santa Anna. De igual manera éste acudió a las representaciones de Inglaterra Francia y España para advertirles del peligro estadounidense y animarlas a brindarle apoyo. Sin duda, México, Cuba y Centroamérica estaban situados en el ojo del huracán en el enfrentamiento euroamericano. Tanto Gadsden como el régimen santannista se esforzaron por sacar provecho de esta situación.

Cabe señalar que el proyecto de política exterior de la dictadura, encaminado a amarrar alianzas con las monarquías de ultramar, no tuvo los resultados esperados. El último gobierno santannista pensó siempre que Inglaterra acudiría en su defensa y cifró en España y Francia exageradas expectativas. La Gran Bretaña, con intereses en múltiples lugares del orbe, no estaba dispuesta, como no lo estuvo cuando la guerra mexicano-norteamericana, a enfrascarse en una contienda con Estados Unidos para impedir su expansión en el continente y menos todavía para salvarle el pellejo al dictador. España no estaba en posición de arriesgar Cuba retando al poderío norteamericano. Francia, por su parte, tampoco quiso inmiscuirse en un problema de tal envergadura cuando tenía, junto con los ingleses, la urgencia de rescatar los

restos del Imperio Turco de manos de los rusos; ésta era una cuestión ciertamente prioritaria. Empero, su ministro vio con creciente preocupación el avance de los estadounidenses y sus despachos debieron haber sensibilizado a Napoleón III sobre la necesidad de detener a la Unión Americana; se advierte en ellos un clima que anunciaba la intervención ulterior.

Gadsden, por su parte, tampoco ponderó acertadamente los planes de la política exterior santannista; al menos, así lo presentó ante su gobierno al hablar del inminente peligro que una supuesta alianza del régimen con las potencias europeas representaba para los intereses y la seguridad norteamericana, así como para los principios liberales y republicanos. Éste, que parecía ser un discurso en el más claro sentido monroísta, debe ser analizado a la luz de los intereses particulares del sector al que el ministro pertenecía. De tal manera, la disputa pierde el carácter abstracto de un debate sobre las formas de gobierno y se afina, al menos en parte, en los negocios ciertamente más concretos y terrenales del ministro y su grupo.